

CRONOLOGÍA, IDENTIDAD, URBANISMO Y ESTADO EN LOS ANDES CENTRALES Y SURCENTRALES ENTRE LOS SIGLOS V A X D.C.: ALGUNAS REFLEXIONES FINALES

*Peter Kaulicke**

Los dos números dedicados al tema *Huari y Tiwanaku: modelos vs. evidencias* reúnen un importante número de aportes pertinentes que requieren unos comentarios con el fin de discutir la meta del evento y los alcances hacia una comprensión mayor de los problemas, con el objetivo de contribuir a la discusión longeva, y a veces estéril, acerca de definiciones básicas. En particular, es relevante el tipo de interrelación que existe entre los dos centros que han afectado buena parte de Sudamérica occidental durante el tiempo de su existencia y posteriormente. Por tanto, la discusión propuesta no se limita a un interés académico con tintes individualistas, nacionalistas o indigenistas de nivel local, regional o nacional, sino que excede las modernas fronteras políticas. Exige más bien un diálogo internacional que no sólo se restringe a América del Sur, sino que necesariamente debería llevar a discusiones comparativas con lo concerniente en Mesoamérica y con los estados arcaicos en otras partes del mundo. Para que estas discusiones sean factibles, no es suficiente «copiar» modelos o evidencias provenientes de otras partes y «venderlas» como aportes propios, sino presentar y analizar los aportes de los trabajos arqueológicos acumulados durante un buen número de décadas. Sin embargo, ahí se presenta el primer problema de base. En ninguno de los países involucrados (Perú, Bolivia, Chile) se cuenta con una tradición de publicaciones monográficas de las evidencias pese a la enorme cantidad de proyectos dedicados al tema y cantidades extraordinarias de material. Una monografía, cuyo carácter aún parece desconocido a muchos arqueólogos americanos, implica la presentación completa del material, tanto en forma gráfica como en textos explicativos, en análisis exhaustivos del mismo, la comparación con evidencias contemporáneas, así como la explicación detallada de las hipótesis resultantes de este tipo de tratamiento. Si bien este procedimiento resulta ampliamente conocido y es tomado como exigencia ineludible en muchos países del globo y, por lo tanto, resulta inútil enfatizarlo, en el Perú, en particular, la situación es diferente. Muchos de los proyectos cuentan apenas con informes preliminares de pocas páginas con escasa información gráfica y de una calidad francamente deficiente. La mayoría del material presente en colecciones de museos o en manos de particulares tampoco aparece en forma de catálogos completos y de una calidad aceptable. En muchos casos, la información falta por completo. Estas autolimitaciones impuestas por los propios arqueólogos, cuyas razones de existencia no son relevantes en esta discusión, evocan la impresión de un desconocimiento aun mayor de lo que debería ser en realidad. A ello se suma, de manera evidente, el enorme daño causado por la constante destrucción de los contextos funerarios y de la arquitectura monumental y doméstica que va en aumento. Resultado de todo ello es la longevidad de discusiones estériles, con frecuencia teñidas de posiciones políticas más o menos definidas. Las hipótesis en las que se basan estas discusiones suelen ser decepcionantemente simples. Además de ello, las definiciones básicas no se presentan con la precisión debida, por lo cual se prestan a malentendidos. Asimismo, su sencillez no fomenta

* Pontificia Universidad Católica del Perú, Departamento de Humanidades. e-mail: pkaulic@pucp.edu.pe

la discusión en un nivel internacional, ya que no producen más que ilustraciones difusas —más elocuentes en las imágenes, o sea las piezas recuperadas o usadas, que por lo que los arqueólogos escriben sobre ellas— o aún enfatizan la imposibilidad de comparar y, por ende, el rechazo al diálogo.

En lo que sigue se tratará el tema en torno a dos problemas básicos: 1) la cronología y 2) las implicaciones sociopolíticas. El primer problema se subdivide en: 1a) cronología y estilo, 1b) la cronología relativa, y 1c) la cronología absoluta. El segundo se concentra en: 2a) identidad, etnicidad y elite, 2b) urbanismo y territorialidad, y 2c) perspectivas internacionales. Queda claro que todos estos puntos se relacionan mutuamente.

1. La cronología

En 1553 Cieza de León escribió lo siguiente acerca del sitio de Tiwanaku (Cieza 1984 [1553]: 282-284):

«Tiaguanaco no es un pueblo muy grande, pero es mentado por los grandes edificios que tiene que cierto son cosa notable y para ver. Cerca de los aposentos principales está vn collado hecho a mano sobre grandes cimientos de piedra. Más adelante deste cerro están dos ydolos de piedra de talle y figura humana muy primamente hechos y formadas las fayciones, tanto que parece que se hiziera por manos de grandes artifices o maestros. Son tan grandes, que parecen pequeños gigantes: y veese que tienen la forma de vestimentas largas diferenciadas de las que vemos a los naturales de estas provincias. En las cabeças parece tener su ornamento. Cerca destas estatuas de piedra está otro edificio, del qual la antigüedad suya y falta de letras es causa para que no se sepa qué gentes hizieron tan grandes cimientos y fuerças: y que tanto tiempo por ello ha passado porque de presente no se vee mas que vna muralla muy bien obrada, y que deue de haber muchos tiempos y edades que se hizo. Algunas de las piedras están muy gastadas y consumidas. Y en esta parte ay piedras tan grandes y crecidas, que causa admiracion pensar, cómo siendo de tanta grandeza bastaron fuerças humanas a las traer donde las vemos. Y muchas destas piedras que digo, están labradas de diferentes maneras: y algunas dellas tienen forma de cuerpos de hombres, que deuieron ser sus ydolos. Junto a la muralla ay muchos huecos y concauidades debaxo de tierra.

En otro lugar más hazia el poniente desde edificio están otras mayores antiguallas, porque hay muchas portadas grandes con sus quicios, unbrales y portaletes, todo de vna sola piedra. Lo que más noté, quando anduve mirando y escriuiendo estas cosas, fue que destas portadas tan grandes salían otras mayores piedras sobre que estauan formadas: de las quales tenían algunas treynta pies en ancho y de largo quinze y más: y de frente seys. Y esto y la portada y sus quicios y vmbrales era vna sola piedra: que es cosa de mucha grandeza bien considerada esta obra. La qual yo ni alcanço ni entiendo con qué instrumentos y herramienta se labró: porque bien se puede tener que antes que estas tan grandes piedras se labrasen, ni pussiesen en perfección mucho mayores deuián estar, para las dexar como las vemos. Y nótese por lo que se ve de estos edificios, que no se acabaron de hazer: porque en ellos no hay más que estas portadas y otras piedras de estraña grandeza, que yo vi labradas algunas y adereçadas para poner en el edificio, del qual estaua algo desuiado vn retrete pequeño: donde está puesto vn gran ydolo de piedra en que deuián de adorar. Y aun es fama, que junto con este ydolo se halló alguna cantidad de oro: y alrededor deste templo auía otro número de piedras grandes y pequeñas, labradas y talladas como las ya dichas.

Otras cosas ay más que dezir deste Tiaguanaco, que passo por no detenerme: concluyendo para mí tenga esta antigualla por la más antigua de todo el Perú. Y así se tiene, que antes que los Ingas reynassen con muchos tiempos, estauan hechos algunos edificios destes: porque yo he oydo afirmar

a Indios, que los Ingas hizieron los edificios grandes del Cuzco por la forma que vieron tener la muralla o pared que se vee en este pueblo. Y aún dizen más, que los primeros Ingas practicaron de hazer su corte y assiento della en este Tiaguanaco. También se nota otra cosa grande y es, que en muy gran parte desta comarca no hay no se veen rocas, canteras, ni piedras donde pudiesen auer sacado las muchas que vemos. Y para traerlas no deuia de juntarse poca gente. Y pregunté a los naturales en presencia de Juan de Varagas (que es el que sobre ellos tiene encomienda) si estos edificios se hauian hecho en tiempo de los Ingas: y riéronse de esta pregunta, afirmando lo ya dicho: que antes de ellos reynasen estauan hechos: más que ellos no podian dezir ni afirmar quién los hizo: mas de que oyeron a sus passados que en vna noche remaneciò hecho lo que allí se vía. Por esto, y por lo que también dizen auer visto en la yslla de Titicaca hombres baruados, y auer hecho el edificio de Vinaque semejante gente, digo por ventura pudo ser que antes que los Ingas mandassen, deuió de auer alguna gente de entendimiento en estos reynos, venida por alguna parte que no se sabe, los que harian estas cosas, y siendo pocos y los naturales tantos, serian muertos en las guerras.

Por estar estas cosas tan ciegas, podemos dezir, que bienaventurada la inuencion de las letras, que con la virtud de su sonido dura la memoria muchos siglos: ya hazen que buele la fama de las cosas que suceden por el vniuerso: y no ignoramos lo que queremos, teniendo en las manos la letura. Y como en este nueuo mundo de Indias no se ayán hallado letras, vamos a tino en muchas cosas. Apartados destes edificios, están los aposentos de los Ingas, y la casa donde nasció Mango Inga hijo de Guaynacapa. Y están junto a ellos dos sepulturas de los señores naturales deste pueblo, tan altas como torres anchas y esquinadas; las puertas al nascimiento del sol».

Esta es la transcripción del capítulo 105 de *La Crónica del Perú*, publicada hace 550 años. Se citó de manera completa para demostrar la gran susceptibilidad de Cieza, la cual le ayuda a llegar a conclusiones cronológicas. Confía primero en la observación directa —tan exacta que resulta fácil reconocer algunos edificios conservados en la actualidad— y saca algunas conclusiones importantes como la diferencia en el traje de las estatuas con el actual de los pobladores locales de ese entonces, en las características de la arquitectura, diferente a la incaica, que muestra dos aspectos importantes: la erosión avanzada y lo inacabado en algunos casos. No se aventura mucho en especular acerca de la función, aunque interpreta un edificio como templo. Esta última interpretación tampoco es especulación, ya que es una comparación con lo que vio en el pueblo de Cacha (Cieza 1985: 10, Cap. I), hoy Raqchi, donde vio «un ydolo de piedra muy grande en un retrete algo angosto; y este ydolo no es tan crecido como los questán en Tiaguanaco hechos a renenbrança de Tiçiviracocha no parece tener la forma de vestimenta de ellos. Alguna cantidad de oro en joyas se halló çerca dél». ¹ De todo ello saca la conclusión que Tiwanaku es lo más antiguo que él conoce. Luego recurre a la tradición oral, primero la oficial —de sus informantes incaicos—, que sugiere una relación ideológica entre los incas y el complejo antiguo, así como el afán de copiar su arquitectura. Después entrevista a los nativos del lugar, que se basan en mitos «modernos» en los que Cieza confía menos. Concluye que por la ausencia de documentación escrita no se puede determinar de modo fehaciente más de lo presentado. Finalmente, observa la presencia de edificios incaicos y arquitectura funeraria local reciente, cuyas diferencias con los edificios antiguos por ser históricos son tan aparentes para Cieza que no se detiene en describirlas.

El mismo autor también ofrece información importante sobre lo que parece ser el complejo de Huari (Viñaque), mencionado brevemente en el capítulo presentado (Cieza 1984 [1553]: 249):

«El mayor río dellos tiene por nombre Vinaque: adonde están vnos grandes y muy antiqúisimos edificios: que cierto según están gastados y ruynados deue auer passado por ellos muchas edades. Preguntando a los indios comarcanos quien lo hizo aquella antignalla [sic], respondieron que otras gentes baruadas y blancas como nosotros: los quales muchos tiempos antes que los Ingas reynassen, dizen que vinieron a estas partes y hizieron allí su morada. Y desto y de otros edificios antiguos que ay en este reyno me parece, que no son la traça dellos como los que los

Ingas hizieron o mandaron hazer. Porque este edificio era quadrado: y los de los Ingas largos y angostos. Y también hay fama, que se hallaron ciertas letras en vna losa deste edificio. Lo qual ni lo afirmo, ni de dexo de tener para mí que en los tiempos passados ouiesse llegado aquí alguna gente de tal juyzio y razón, que hiziesse estas cosas y otras que no vemos».

Parece que Cieza se inclina por atribuir a estas ruinas la misma edad que las de Tiwanaku (véase cita anterior), aunque se muestra escéptico acerca de las tradiciones orales (también compartidas), así como acerca de la posible presencia de escritura antigua. En ello está más cercano a lo que es la posición actual, a diferencia de muchos autores del siglo XIX y aún algunos del siglo XX. Sólo Uhle (Stübel y Uhle 1892) precisa arqueológicamente lo intuido por Cieza, y sus estudios sirven de base para el establecimiento de la cronología moderna de Menzel (véase párrafos siguientes).

La cronología constituye una metodología que pretende fijar eventos en espacio y tiempo que luego sirven para la construcción de narrativas históricas. En la arqueología, estos eventos están representados en forma materializada, cuyas características y asociaciones tienen que reconocerse en sus manifestaciones particulares y sus interrelaciones espaciales y temporales precisas. Estas pretensiones están explícitas en la mayoría de los trabajos publicados sobre el tema que interesa en este trabajo, pero las definiciones y precisiones no suelen aclararse con el fin de obtener una visión ampliamente reconocida; más bien, evocan discusiones interminables sobre supuestas características generales y su relevancia. Por lo general, parten de premisas estereotipadas y simplificadas que no se especifican, sino se toman por «hechos» consolidados que no requieren explicación. En cuanto al Horizonte Medio de los Andes Centrales y surcentrales, el o los estilos forman la base de un reconocimiento básico sobre el cual se suelen construir hipótesis políticas que van más allá de lo que corresponde al enfoque estilístico en particular.

1a. Cronología y estilo

Huari

Los trabajos de Dorothy Menzel que se basan en una cronología estilística son los que han tenido un impacto casi generalizado en el Perú. Su terminología sigue en uso pese a haber transcurrido cerca de cuatro décadas desde su formulación inicial. Menzel tuvo una extraordinaria sensibilidad y precisión metodológica, combinadas con su afán de incluir todo el material cerámico disponible en su tiempo. Lamentablemente, no pudo publicar sus análisis en la forma apropiada, sino en versiones abreviadas con un aparato gráfico sucinto. Muchas de sus definiciones requieren búsquedas exhaustivas en las fuentes publicadas, pero no permiten el acceso a material inédito incluido con frecuencia en los análisis de la autora. Los que adoptan su enfoque, por tanto, suelen contentarse con las definiciones resumidas y las simplifican aun más al tomarlas como una especie de guía clasificatoria a modo de un catálogo para coleccionistas. La escasez de contextos arqueológicos precisados llevó a Menzel a la formulación de una seriación en la cual, por naturaleza, prevalece la diacronía, *i.e.* su ordenamiento secuencial. Por otro lado, reconoce la «internacionalización» de la mayoría de estos estilos, algo que constituye la precondition para calificar este fenómeno como «horizonte», *i.e.* una expansión o difusión sobre áreas mayores en un tiempo reducido. Este fenómeno, a su vez, plantea la necesidad de la presencia de otros estilos anteriores, contemporáneos y posteriores. El impacto de los estilos «internacionales» idealmente debería producirse, por lo tanto, durante lapsos temporales breves, algo que debería precisarse por el momento del impacto en las secuencias locales o regionales, su permanencia y su desaparición. Menzel, sin embargo, adopta una visión «ayacuchana», *i.e.* visualiza el impacto desde su supuesto lugar de origen. Si bien reconoce hibridaciones o «fusiones», éstas dependen de los cambios ocurridos en el centro. Sería preferible, por lo tanto, invertir esta perspectiva o crear otra complementaria

al concentrarse en la «reacción estilística» a nivel local o regional y al lugar cronológico que le corresponde. Asimismo, habría que tratar de definir más el fenómeno de «fusiones» o interrelaciones de estilos en áreas nucleares. Otro problema es la poca atención dedicada a la cerámica utilitaria debido, al parecer, a la impresión tácita de mantenerse ésta básicamente inalterada.

Por otro lado, el enfoque estilístico no debería limitarse a la cerámica, cuya importancia esencial no se niega, sino extenderse a otros tipos de soporte. El trabajo de Posnansky (1945) tiene el mérito de documentar de manera detallada las obras líticas de Tiwanaku, entre las que destacan las estatuas (Cf. Makowski, este número), pero también otras obras asociadas a la arquitectura monumental. No existe, a conocimiento del autor, un catálogo actualizado que complete las informaciones de Posnansky y que incluya el material recuperado desde la década de los cuarenta. Peor es la situación para el sitio de Huari: ninguna de las piezas líticas recuperadas ha merecido un tratamiento detallado (Torres, este número, parece ignorar su presencia), lo cual impide la comparación entre los dos sitios en este aspecto. Fuera de este tipo de soporte existen muchos otros con características estilísticas comparables, como objetos de madera (Cf. las tabletas de rapé del norte de Chile [Torres, este número] que deberían compararse con los recipientes para el consumo de drogas de la costa central y sur del Perú), tejidos (Cf. número anterior, artículos de Angeles y Pozzi Escot; Oakland y Fernández; Prümers; Haerberli, este número) y, en menor escala, de metal. Una categoría casi olvidada es la de los objetos de concha con incrustaciones (piezas extraordinarias provienen de la costa central del Perú, Cf. Kaulicke 1997: 53-54). Además, otro elemento a veces usado para comparaciones estilísticas es la arquitectura monumental y doméstica.

La definición de estilo no impide, sino más bien exige, la aplicación de análisis dedicados a rasgos técnicos, relacionados con características de manufactura (técnicas de construcción y de decoración, de quema, tipos de molde, etc.), huellas de uso (desgaste, residuos), procedencia y descarte (v.g. patrones de fracturas intencionales en las ofrendas). Estos enfoques permitirían formulaciones más precisas sobre lugares de producción, características de talleres, radios de distribución, relación entre cerámica importada e imitada, función, etc., pero estos enfoques apenas se perciben en la literatura disponible.

En lo que sigue se presentarán los enfoques estilísticos de los trabajos contenidos en los dos números. El área de influencia huari está notablemente bien cubierta, desde Jequetepeque en la costa norte hasta Moquegua en la costa sur (Cf. número anterior, artículos de Alcalde *et al.*; Angeles y Pozzi Escot; Castillo; Franco y Paredes; Isla; Kaulicke; Mac Kay y Santa Cruz; Marcone; Mogrovejo y Segura; Oakland y Fernández; Prümers; Ruales y Schreiber) y desde Cajamarca hasta Cuzco (Cf. número anterior, artículos de Cook y Benco; Glowacki y McEwan; Isbell; Leoni; Paredes; Ponte; Ochatoma y Cabrera; Pérez; Topic y Topic; Valdez *et al.* y Watanabe).

Hacia el norte de Ayacucho, en particular en los sitios costeños, se percibe la presencia de una gran diversidad de estilos locales y regionales al lado de evidencias huari. En la mayoría de los casos, los estilos cerámicos no reciben una atención especial de modo que no se puede entender su desarrollo cronológico interno con la precisión debida. En muchos de los casos presentados, la presencia de cerámica importada huari es escasa al lado de otros estilos. Pese a ello, la cerámica importada sirve de marcador cronológico; eso es evidente en la contribución de Castillo, refiriéndose al valle de Jequetepeque, una zona prácticamente limítrofe de la presencia huari. El autor construye una narrativa basada en estilos de cerámica, en la cual incluye una propuesta para el desarrollo de lo que llama Mochica Tardío y Periodo Transicional. Esta narrativa se inicia con Mochica Tardío A (aparentemente Horizonte Medio IA de Menzel) con ausencia de estilos huari y presencia de los famosos estilos mochica de Líneas Finas y Polícromo. Según Castillo, se trata de cerámica importada del sur o evidencia de migraciones desde el área estilística de Mochica IV y V. Mochica Tardío B(1) ostenta las primeras importaciones no mochicas como Nievería, Cajamarca, Chakipampa y Robles

Moqo (u Horizonte Medio 1B); Mochica Tardío B(2) se caracteriza por una proliferación de híbridos. En Mochica C(1) desaparece la cerámica fina mochica y siguen apareciendo formas híbridas; C(2) marca el inicio del Periodo Transicional, en el cual aparecen estilos como Viñaque, Pachacamac, Atarco y Cajamarca, y por lo tanto corresponde al Horizonte Medio 2B. Estas fases parecen estar relacionadas con cambios en la estructura de los contextos funerarios. La cerámica local es considerada burda y estilísticamente insensible, aunque mayoritaria, por lo que no forma una secuencia independiente.

El artículo de Watanabe sobre Cajamarca muestra una presencia aparentemente masiva de cerámica importada de diferentes estilos huari del Horizonte Medio 2B. En este caso parecen haber estado asociados también a arquitectura monumental que corresponde a cánones conocidos del sur. Lamentablemente, se trata de material de colección. Los estilos cajamarca también aparecen en San José de Moro, lo que implica una relación estrecha. En Cajamarca, sin embargo, no parece tratarse de un fenómeno periférico (en San José de Moro se llama Periodo Transicional), sino de una presencia palpable que convendría aclarar por medio de excavaciones. En todo caso, podría ser significativa la presencia de híbridos en este último antes de la llegada, al parecer masiva, de los estilos del Horizonte Medio 2.

Oakland y Fernández describen brevemente un contexto funerario de Cao en el valle de Chicama. Las piezas ilustradas muestran tejidos conocidos como Moche-Huari y otros también inspirados por motivos huari. El cerámico es típico de la costa norcentral (quizá el mismo que Castillo llama Casma impreso); sólo un tejido es claramente huari. Todo el contexto probablemente corresponde al Horizonte Medio 2B.

Una situación parecida se presenta en el sitio de El Castillo, del valle de Huarmey (Prümers, número anterior). Probablemente se trata de una plataforma funeraria construida de adobes con características formales y constructivas típicas de la costa norte. Lamentablemente, es uno de los casos más vergonzosos de la huaquería, llevada a cabo prácticamente ante los ojos de los arqueólogos por varias décadas (Prümers, número anterior: 291). El trabajo de Prümers consistió en reunir este material disperso y tratar de ubicarlo cronológicamente. La gran mayoría del material cerámico recuperado consiste en cerámica moldeada, los estilos foráneos corresponden en su mayoría a estilos huari del Horizonte Medio 2B, como Huari Norteño B, por lo que el autor asume que la ocupación funeraria debería corresponder largamente a éste y al Horizonte Medio 3. La gran cantidad de textiles correspondería a lo que se suele llamar Moche-Huari, aunque también hay un porcentaje relativamente alto de tejidos huari «clásicos». Los primeros muestran elementos como el «Grifo de Pachacamac» y motivos prestados del canon de imágenes mochica. La cerámica moldeada muestra influencias estilísticas tanto mochica como huari, pero igualmente en menor escala. Sería altamente deseable, como lo enfatiza Prümers, analizar mejor esta cerámica moldeada en su área de distribución mayor (probablemente entre Casma y Supe), ya que aparece en un ámbito mucho mayor (Jequetepeque. *Cf.* arriba y el mismo sitio de Huari [Lumbreras 1959: 183, Lám. VIIIb]), y asimismo aparece con frecuencia en Ancón (Kaulicke 1997). Con ello parece esbozarse un ámbito transicional entre un área dominada por el estilo Mochica y otra huari, más sureña.

En la sierra colindante la escasez de cerámica huari también se hace notable (*Cf.* número anterior, artículos de Paredes *et al*; Ponte; Topic y Topic). De acuerdo a los trabajos presentados, parece corresponder casi exclusivamente a contextos funerarios, donde se asocia también con otros estilos, en buena parte con la cerámica moldeada. Estas construcciones funerarias, llamadas mausoleos o chullpas, muestran una cierta homogeneidad basada en patrones prehuari que incluyen el área de Marcahuamachuco y el Callejón de Huaylas. En un artículo reciente (Lau 2002) se obtiene información adicional de Chinchawas, donde Lau observa mayores cambios a partir de su fase Warmi (alrededor de 800 y 850 d.C., Lau 2002, Fig. 10).

La costa central está bien representada por una serie de trabajos centrados en los valles de Rimac y Lurín (Cf. número anterior, artículos de Franco y Paredes; Kaulicke; Mac Kay y Santa Cruz; Marcone; Mogrovejo y Segura). Pese a la gran importancia que Menzel concede al estilo Pachacamac, éste no está presente en muchos sitios ni en mayores cantidades (incluido el propio sitio de Pachacamac), ni aparece exclusivamente, lo cual concuerda con lo observado para las evidencias más norteñas. Parece que, a semejanza de otras zonas presentadas, aparecen ciertos tipos —sobre todo pertenecientes a Viñaque—, en formas y decoraciones limitadas. En perspectiva comparativa, se manifiestan dudas acerca del inicio del estilo Nievería (fines del Intermedio Temprano u Horizonte Medio 1A) y su fin (Nievería Derivado, Horizonte Medio 2B y quizá algo posterior), Pachacamac (¿Horizonte Medio 1A hasta Horizonte Medio 3?) y su relación con estilos más norteños (Teatino), que parecen abarcar prácticamente todo el Horizonte Medio y sugieren una fusión cronológica del Horizonte Medio 2B y 3, iniciándose algo nuevo en lo que correspondería al Horizonte Medio 4. Esto implicaría una interrelación más compleja y más prolongada de los estilos tanto foráneos como locales y regionales. Los estilos «epigonales» parecen ser, más bien, variantes o imitaciones —con frecuencia de calidad inferior— que aparecen más hacia el norte y pueden asociarse, por lo tanto, a los estilos más «clásicos». Los tejidos recuperados en Pachacamac, actualmente en el Museo de Etnología de Berlín, comparten la impresión de conjuntos estilísticos mezclados, fusionados y de procedencia variada con los sitios más norteños.

La cuenca del Mantaro, lamentablemente, no está representada en los trabajos incluidos en los dos volúmenes discutidos. Es ahí donde aparece mucho material, quizá importado de modo directo de Huari o de Pachacamac, al lado de estilos híbridos locales o regionales. Sitios como Wariwillka, Calpish y Ñahuimpuquio no han sido investigados a profundidad y falta, o escasea, la información pertinente. Colecciones importantes en la región no se han estudiado ni publicado de manera debida.

De Huaca Malena, valle de Asia, proviene una gran cantidad de fardos funerarios bien conservados (Angeles y Pozzi Escot, número anterior). Parece tratarse de contextos intrusivos en arquitectura del Periodo Intermedio Temprano. La cerámica asociada parece ser poco diagnóstica, pero los tejidos recuperados muestran una variabilidad notable, desde piezas probablemente importadas de Ayacucho (Figs. 9 y 10 del artículo mencionado podrían ser piezas de Conchopata), de notable calidad, junto con otras que podrían ser imitaciones locales y otras aún provenientes de la costa norcentral o norte (correspondientes a los que también se encuentran en Pachacamac y El Castillo), tratándose en su mayoría de lo que correspondería al Horizonte Medio 2 (¿y 3?). Otro sitio en el mismo valle, Cerro Salazar, muestra una situación parecida, aunque la variación se manifiesta más en la variedad estilística de la cerámica (Gabe 2000).

En Cerro del Oro, valle de Cañete, cerámica chakipampa —en cantidades reducidas— está asociada a otra de tradiciones locales en una última remodelación de arquitectura monumental del Periodo Intermedio Temprano (Ruales, número anterior). Parece que el sitio fue abandonado en el Horizonte Medio 2. Por su parte, Alcalde *et al.* presentan las evidencias huari del valle de Chíncha en un contexto que, lamentablemente, no es claro debido a efectos tafonómicos. Por lo general, parece tratarse en su mayoría de estilos huari correspondientes al Horizonte Medio 2B, con elementos que sugieren la presencia de imitaciones.

Un importante sitio en el valle de Pisco, Maymi, fue presentado sólo en forma preliminar (Anders 1990; Anders *et al.* 1994) debido a la muerte de M. Anders en el curso de sus excavaciones. Se trata de un sitio de producción de cerámica, entre la que destacan piezas de alta calidad con evidencias estilísticas de Nasca Tardío, Chakipampa y Robles Moqo, las cuales están interpretadas como una fusión de diferentes tradiciones artesanales producto de una cooperación de especialis-

tas costeños y serranos; por ende, no son piezas foráneas y algunas de ellas fueron depositadas a modo de ofrendas de cerámica rota intencionalmente.²

Schreiber e Isla proveen material de los valles de Nazca y Palpa, enfocando aspectos de patrones de asentamiento y de contextos funerarios. Por lo general utilizan la terminología y la lógica estilística de Menzel, aunque Isla postula una revisión de la cronología, ya que no se adapta plenamente a las evidencias arqueológicas. Llama la atención que sitios de importancia clave para Menzel como Pacheco y Atarco no recibieron la atención de los arqueólogos después de Tello. El primero de estos sitios parece estar seriamente afectado y, por otro lado, el cuantioso material de los recipientes grandes, parcialmente restaurados, no ha llevado aún a un análisis y una presentación monográfica apropiada.

Los resultados espectaculares del área nuclear ayacuchana están tratados exhaustivamente en esta publicación (Cf. número anterior, artículos de Cook y Benco; Isbell; Leoni; Ochatoma y Cabrera; Pérez; Valdez *et al.*). No sólo se tiene abundante material de centros como Conchopata, sino también de sitios secundarios (Cf. Ochatoma y Cabrera 2001; Vivanco y Valdez 1993, entre otros). Aún falta un trabajo comparativo y la presentación del enorme conjunto cerámico de Conchopata, pero los resultados, casi forzosamente, llevarán a una revisión general de los planteamientos existentes. En el caso de Conchopata se impone la impresión de la existencia de estilos emblemáticos de este sitio, hasta ahora poco conocidos, así como la llegada tardía de motivos tiwanaku, lo cual cuestiona la lógica cronológica expuesta por Menzel. Parece también que los estilos reconocidos por Menzel tienen una duración más larga. Se puede suponer que existen otros estilos emblemáticos que caractericen más específicamente a Huari y aún a sitios o zonas de menor categoría. Hornos —como evidencia para la producción local— como los de Conchopata (Cook y Benco, número anterior) deben existir también en otros sitios mayores. A diferencia de los sitios costeños, la presencia de estilos foráneos parece ser mínima, al menos a juzgar por la presentación aún incompleta del material. Esto, sin embargo, también puede deberse a la escasez de excavaciones en los sitios mayores como Huari. Podría darse el caso descrito por Janusek para Tiwanaku, en el sentido de la existencia de barrios habitados por pobladores foráneos que usan su propia cerámica (Cf. Janusek, este número). Una necesaria revisión cronológica y estilística evidentemente tendría su impacto en las evidencias comparables en la costa u otras áreas serranas.

Las evidencias más sureñas (Cf. este número Glowacki y McEwan; Jennings y Yépez; Malpass; Williams *et al.*) muestran la presencia de varios estilos huari en contextos no siempre aclarados. Todos adoptan la cronología propuesta por Menzel, aunque los fechados radiocarbónicos y los contextos no siempre lo corroboran. Surge la impresión de características algo más regionales, calidades inferiores a las que se encuentran más al norte, algunas de las cuales han llevado a la denominación de otros estilos, como el estilo Qosqopa. En cuanto a la cerámica de Cerro Baúl, presentada por Williams *et al.*, llama la atención la manufactura algo rústica, que tiene sus paralelos más cercanos en la cerámica de sitios rurales de Ayacucho (Ochatoma y Cabrera 2001). Pese a ello, se enfatiza la relación directa con el centro Huari. Las investigaciones en Huaro (Glowacki y McEwan) han enriquecido mucho la presencia huari en esta zona e invitan a una comparación con Pikillacta, que carece aún de la precisión deseada.

En resumen, se nota en la mayoría de los trabajos la noción de una equivalencia entre estilo-tiempo, interrelación espacial y reconstrucción de procesos históricos. Los estilos «huari», en su carácter de foráneos, locales, imitaciones o híbridos sirven en su totalidad para «documentar» la presencia de un estado imperialista como una de las evidencias más claras de una imposición política. El reconocimiento de piezas de cerámica «huari» en cualquier contexto también se reduce a un tiempo supuestamente definido aceptando la cronología de Menzel, pese a que ésta no necesariamente concuerda con las características más generales de los contextos estudiados. Esta simplificación se convierte, por tanto, en una especie de dogma de «cronología estilística» en la que la

perspectiva comparativa y la lógica cronológica casi desaparecen. Es imperativo, por consiguiente, recurrir a los principios de la cronología relativa para iluminar los problemas inherentes y poder establecer parámetros más acordes con las evidencias presentadas (véase abajo).

Tiwanaku

El tratamiento de la cronología de Tiwanaku es mucho más variado que el de la cronología estilística de Huari. Esto se debe a una serie de factores. En primer lugar, el fenómeno Tiwanaku es en sí «internacional», ya que se concentra en la presencia de los estilos del sitio epónimo detectada en sitios del sur del Perú, Bolivia, Chile y, hasta cierto punto, en la Argentina (La Aguada); los arqueólogos extranjeros que trabajan sobre el tema suelen adherirse a los esquemas cronológicos vigentes de la zona nuclear y, en segundo lugar, a las condiciones locales o regionales. Estas últimas reciben tratamientos diferenciados y, con frecuencia, algo subordinados. Mucho más que en el Perú, donde el complejo Huari y la zona nuclear de Ayacucho ciertamente ocupan un lugar de preferencia, la zona nuclear de Tiwanaku, con el sitio epónimo en primer lugar, se convierte en la columna cronológica vertebral de toda la arqueología boliviana. La precisión de la cronología de este lugar, por ende, es crucial para la presencia estilística comparable en otros sitios.

El libro *Tiwanaku: espacio, tiempo y cultura*, de Ponce Sanginés (1981) presenta la cronología más aceptada de Tiwanaku, subdivida en cinco fases. Ponce Sanginés se propone tres metas: 1) la conversión de la arqueología en vehículo científico por medio del uso exhaustivo de enfoques cronométricos y análisis de disciplinas de las ciencias naturales afines a la arqueología; 2) la precisión de la terminología y la metodología, y 3) la reconstrucción ideal de las sociedades prehistóricas (Ponce Sanginés 1981: 17). Con ello se opone algo violentamente a los enfoques de Menzel, que le merecen calificativos duros. Comienza con la cronología absoluta mediante el uso de 33 fechados radiocarbónicos cuya seriación «comprueba» la subdivisión en cinco fases. Con esta base, discute algunos fechados de la presencia de la cultura Tiwanaku fuera de Bolivia. Luego presenta el «área de distribución», una especie de corología basada en una clasificación tipológica de sitios dentro de los cánones del enfoque norteamericano de los patrones de asentamiento. Este enfoque le permite esbozar una historia evolucionista de «aldea» a «imperio», la cual nuevamente sirve de base comparativa para las secuencias fuera de Bolivia. Todo ello resulta en un resumen del «desarrollo cultural». En relación con Huari conviene citarlo: «Desde el ángulo cronológico nadie niega que Huari es más reciente que Tiwanaku, con lo que se evidencia su cualidad receptora y que el movimiento de transplante partió del altiplano. En cuanto a la superficie de Huari —lugar estudiado por Tello, Bennett y Lumbreras— en rigor alcanzaría menos de la mitad de la que cubriera Tiwanaku y con templos de arquitectura inferior, por lo cual sería difícil que tuviera el rango más elevado, de capital imperial. Resulta más inteligible que fuera un asiento o cabeza virreinal. Quienes suponen a Huari cultura totalmente independiente de Tiwanaku, incurren en lamentable confusión entre estilos decorativos de alfarería con la esfera global e integral de la cultura» (Ponce Sanginés 1981: 84-85). Como conclusión propone lo siguiente: «El Centro de Investigaciones Arqueológicas en Tiwanaku formuló una secuencia de cinco épocas, más antigua la I y la V más reciente. Se la dedujo de la estratificación localizada en el terraplén del templo precolombino de Kalasasaya, donde se identificó siete estratos bien definidos y que corren de modo uniforme. Descontando estériles quedan cinco, bien separados, que corresponden a las cinco épocas preconizadas. Tal secuencia entonces es eminentemente estratigráfica. Ahora bien, la I y II pertenecen al estadio de desarrollo aldeano, la III y IV al urbano, y la V al imperial. Como es obvio, era imposible aquí exhibir el cúmulo de pruebas que confirman lo afirmado en la presente síntesis arqueológica» (Ponce Sanginés 1981: 87-88).

Con ello se nota que la lógica de Ponce Sanginés es prácticamente opuesta a la expuesta en este artículo. Sus fechados radiocarbónicos adquieren un valor casi absoluto (no necesariamente en la lógica de la cronología absoluta), ya que sirven de modelo para comparaciones generalizadoras, pese a que provienen, al parecer, de un lugar restringido del sitio de Tiwanaku cuya estratigrafía no

está claramente explicada. Esta estratigrafía aparentemente consiste de «estratos» superpuestos que coinciden numéricamente con su secuencia de cinco épocas. Como no se trata de arquitectura superpuesta que pueda reflejar los cambios arquitectónicos respectivos (menos cuenta con la extensión espacial necesaria para su calificación de procesos sociales basados en patrones de asentamiento, los que a su vez suelen fecharse mediante la cerámica «diagnóstica»), se sospecha que Ponce Sanginés se basa en criterios tipológicos y, en última instancia, estilísticos (Cf. sus Figs. 84-90 y sus Láms. 1-14). Pese a sus críticas a Bennett (1934), sus fases Tiwanaku III a IV corresponden a las fases Tiwanaku Temprano a Decadente de Bennett, a las que Ponce Sanginés agrega un componente anterior que atestigua la edad mayor de Tiwanaku; su definición del Tiwanaku I se basa exclusivamente en la cerámica (Ponce Sanginés 1971). Es evidente, además, que la comparación con los sitios chilenos, donde se presenta una notable escasez de arquitectura, tiene que efectuarse por medio de comparaciones con la cerámica u otros soportes con evidencias estilísticas respectivas. Estos sitios, como otros en el Perú (o Argentina, si se incluye La Aguada), suelen centrarse en contextos funerarios que no merecen mención en Ponce Sanginés. Parece sintomático que hallazgos tan espectaculares, como las piezas áureas excavadas por el arqueólogo Cordero Miranda en el Kalasasaya en 1970, no han sido publicados hasta la fecha, pese a que una de ellas aparece ilustrada con frecuencia (Money 1991; Cf. Ponce Sanginés 1981: Lám. 20).

Pese a usarse el esquema de Ponce Sanginés hasta la actualidad, se percibe una serie de avances, básicamente gracias a proyectos de largo plazo como el de Wila Jawira, dirigido por A. Kolata, y una serie de otros generados por este último, así como independientes. Lamentablemente, muchos de estos avances están disponibles sólo por medio de tesis o informes de campo inéditos (Cf. este número, artículos de Burkholder; Janusek y Vranich). Otro proyecto de largo plazo es el de Contisuyo (Cf. este número, artículos de Goldstein y Owen; Owen y Goldstein). Los proyectos chilenos son más diversificados, pero unidos de manera metodológica, con publicaciones relativamente frecuentes (Cf. este número, artículos de Stovel; Torres y Uribe *et al.*).

Girault (1990) analiza cerámica de las excavaciones de Ponce Sanginés en el Templete Semisubterráneo de Tiwanaku (Ponce Sanginés 1969), que corresponde en su totalidad al Tiwanaku IV, aunque observa que «...ocurre un cierto número de tientos [que] ostentan rasgos característicos de una fase cultural que ciertos autores han calificados de «decadente», en virtud de «una posterioridad» con respecto a la época Clásica; estas características decadentes tienen referencia a la hechura, el estilo y aún las formas. De esta manera, ¡las jarras utilitarias representarían la fase decadente!» (Girault 1990: 261). Se trata de un estudio muy detallado sobre tecnología, morfología y decoración. El autor propone 36 tipos morfológicos y reconoce diferencias cualitativas sin recurrir en la separación simplista de cerámica utilitaria o más burda (70%) y cerámica fina (27%) (Girault 1990: 19). Sólo los keros están subdivididos en 11 variantes (Girault 1990: Fig. 7). En general, sin embargo, su trabajo es de difícil lectura, ya que consiste mayormente en tablas y dibujos con comentarios sucintos. No se trata de separar estilos dentro de su muestra.

Burkholder (este número), en cambio, intenta esta última tarea. Sobre la base de material excavado en el sitio estratificado de Iwawi, con el uso de material comparativo de otros sitios, presenta una propuesta nueva para Tiwanaku IV y V. Reconoce ocho estilos: Huchani, Ojepuku, Pantini, Chambi, Acarapi, Puma, Negro Pulido y Mamani. El primero corresponde a cerámica utilitaria que recorre (¿sin cambios?) toda la secuencia desde el Formativo. Su implícita insensibilidad, por tanto, no merecería el calificativo de «estilo», ya que sus características, supuestamente, se deben en buen grado a aspectos funcionales. Esto, sin embargo, parece poco probable, por lo cual un estudio morfológico más detallado permitiría quizá detectar cambios internos sensibles en lo cronológico. El segundo parece corresponder a una variante de la cerámica utilitaria de Girault, la que aparentemente también se destaca por una duración prolongada. Los estilos de cerámica fina sugieren una «explosión» de estilos a partir de, aproximadamente, 700 d.C., al lado de uno sólo (Qeya) para una fase previa a Tiwanaku IV. Casi todos son contemporáneos, pero sólo uno es

susceptible a cambios internos (Mamani). El afán de Burkholder en definir estilos cerámicos parece estar ligado a hacer factible una comparación con los estilos huari en la definición de Menzel. Como Menzel, Burkholder interpreta estos estilos como evidencias para la definición de cambios políticos en el área nuclear de Tiwanaku.

Por último, Janusek (1994, 2002, este número) elige un enfoque más complejo. Parte de una redefinición de las secuencias de Ponce Sanginés y Bennett, al reconocer que éstas se deben a una interpretación evolucionista basada en datos cuestionables («*There is no Tiwanaku IV style, and no Tiwanaku V style*» [Janusek 1994: 92]). Enfatiza la variabilidad estilística («*incredible diversity of ceramic styles within any particular assemblage, and among different spatial, social, and functional contexts*» [Janusek 1994: 93]), tomando en consideración la morfología funcional y el estilo como expresión de identidad grupal y status social, así como la distribución espacial en Tiwanaku y Lukurmata. De esta manera llega a la definición de cuatro fases: Tiwanaku IV Temprano (400 a 600 y 700 d.C.), Tiwanaku IV Tardío (600 a 800 d.C.), Tiwanaku V Temprano (800 a 1000 d.C.) y Tiwanaku V Tardío (antes de 1000 a 1100 d.C.) (Janusek 1994: 95, Fig. 5.4). Así, Tiwanaku IV Tardío es contemporáneo con el Horizonte Medio 1A y B hasta 2 de Ayacucho, mientras que Tiwanaku V Temprano abarca hasta el Horizonte Medio 2 a 4, con traslapes entre ambas fases. De acuerdo a sus excavaciones en áreas residenciales reconoce distribuciones diferenciales de acuerdo a las características arquitectónicas y la distancia del núcleo urbano. También reconoce la presencia de otros estilos, como Omereque, Yampara (valle de Cochabamba) y Yura (zona de Potosí), que podrían ser indicios de poblaciones foráneas en Tiwanaku. Además, demuestra un desarrollo algo diferente en Lukurmata, que se manifiesta en un estilo «clásico» diferente, emblemático de este centro.

En sus artículos sobre la presencia tiwanaku en Moquegua, Goldstein y Owen (este número) definen dos estilos cerámicos, Omo y Chen Chen, que les parecen «indistinguibles» de los ceramios del núcleo de Tiwanaku, no sólo en cuanto a la cerámica fina sino también a la utilitaria. El estilo Omo correspondería a Tiwanaku IV y el estilo Chen Chen a Tiwanaku V (Cf. Goldstein 1993: Fig. 3.2). Como se ha visto, sin embargo, Janusek niega la presencia de un estilo Tiwanaku IV o V, por lo que sería más oportuno comparar las características estilísticas, ciertamente muy cercanas, con los casos mejor asociados de las excavaciones más recientes en Tiwanaku. Por otro lado, parece que los fechados radiocarbónicos más recientes de Moquegua no apoyan la presencia de una secuencia, sino la de una contemporaneidad general de ambos estilos en un lapso entre aproximadamente 800 y 1000 d.C., lo que correspondería a la fase Tiwanaku V Temprano de Janusek. Este lapso compartido también está cubierto por la ocupación principal de Cerro Baúl, y aun parece posible que la fase Tumilaca pueda haberse originado hacia el final de este lapso. Esta sugerida coexistencia de estilos plantea la necesidad de buscar criterios estilísticos que definan mejor las interrelaciones entre estos grupos —en vez de separarlos o seriarlos— con el fin de obtener criterios más sólidos para una cronología segura.

Lamentablemente, Goldstein y Owen no incluyen datos acerca de tejidos, objetos de madera y cestería en sus trabajos, aunque éstos existen y son portadores de importante información estilística (Cf. Berenguer 2000: 66-67), lo que permitiría comparaciones más pormenorizadas con la costa chilena de Azapa, donde también aparecen indicios tiwanaku. Uribe, Agüero, y Stovel (este número) se ocupan de estas evidencias. Uribe y Agüero analizan materiales contextualizados (textiles y cerámica) de varias áreas funerarias en Azapa y en San Pedro de Atacama con el fin de definir mejor las interrelaciones estilísticas entre Tiwanaku y las manifestaciones locales y regionales. Estas últimas muestran claramente diferencias en cuanto a tipos funcionales de tejidos entre el norte y San Pedro de Atacama, al lado de piezas con decoración de acuerdo a los cánones de la escultura lítica de Tiwanaku. Como estos elementos son compartidos también por Moquegua, los autores sugieren que el impacto tiwanaku no llega directamente desde el sitio epónimo sino a través de Moquegua. Lo mismo vale para la cerámica, que comparte tanto en forma como en decoración patrones típicos de Moquegua, al lado de producciones locales (Cabuzá y Maytas, al parecer sincrónicas parcialmente).

En San Pedro de Atacama, en cambio, la cerámica es un «tiwanaku» más puro, pero también relativamente escaso, con una serie de elementos compartidos con la cerámica de Cochabamba, y con la presencia de estilos propios de esta región, como Mojocoya, Tupuraya y Omereque al lado de la cerámica Negra Pulida local. Estos vínculos, a los que se suman aquellos con el Noroeste argentino, sugieren a los autores que «...las relaciones con Tiwanaku son manejadas y centralizadas por grupos de la población local que controlan un intenso sistema de intercambio de materias primas y productos manufacturados entre el Desierto de Atacama, el Noroeste argentino (con la cultura La Aguada [Cf. Llagostera 1995]) y probablemente el altiplano, para surtir a las elites del lago con minerales, tabletas y alucinógenos». La cerámica tiwanaku de San Pedro de Atacama proviene probablemente del núcleo altiplánico, vía los Valles Orientales. Mientras que las evidencias de Azapa corresponden al lapso entre 800 y 1000 d.C., correspondientes a las de la zona de Moquegua, la presencia de elementos tiwanaku en San Pedro de Atacama parece iniciarse con anterioridad (Cf. Llagostera 1996; Berenguer 2000). La contribución de Stovel (este número) se concentra en el mismo tema, enfatizando el contexto funerario de Larrache (Le Paige 1961: Láms. 7-16; Cf. Berenguer 2000: 92-93), con su extraordinario conjunto de piezas áureas. Pese a su afinidad estilística con piezas de Tiwanaku, prevalecen aspectos que no excluyen una producción local inspirada por piezas foráneas (Cf. Llagostera 1996: 31-34).

Finalmente, Torres (este número) se ocupa también de piezas provenientes de contextos funerarios de San Pedro de Atacama, concentrándose en la parafernalia inhalatoria y, en particular, las tabletas de rapé. Éstas aparecen en grandes cantidades —y son, con frecuencia, de calidad extraordinaria—, así como en un lapso temporal bastante dilatado, por lo cual no todas las piezas llevan iconografía tiwanaku. Pese a los paralelos iconográficos estrechos con las piezas líticas del altiplano, en particular de Tiwanaku, el autor no defiende una relación estrecha en el sentido de un eventual dominio político de Tiwanaku en San Pedro de Atacama. Habría que preguntarse además de qué madera fueron producidas las piezas (¿árboles de qué zona ecológica?). Es llamativo también que este tipo de tabletas no se encuentre ni en Moquegua ni en Azapa, lo cual no se debe a problemas de conservación. Es interesante también que el autor rechaza la noción de la existencia de un estilo Tiwanaku.

La región de Cochabamba, a la que ya se hizo referencia, también fue postulada como colonia de Tiwanaku. Evidentemente, es de una importancia mayor por su largo desarrollo, iniciándose mucho antes de la llegada de cerámica tiwanaku⁴ y el reconocimiento de una serie de estilos, así como la construcción de fases largamente contemporáneas con Tiwanaku IV y V (Illataco y Piñami) (Cf. Berenguer 2000: 69-77). La presencia de algunos de estos estilos en Tiwanaku y en San Pedro de Atacama atestiguan la contemporaneidad de estilos de Tiwanaku. Cabe mencionar un conjunto de conjunto funerario de piezas áureas de San Sebastián (véase arriba Larrache). Como en el caso chileno, no estaba acompañado por cerámica y el estilo no parece ser típicamente tiwanaku pese a que el diadema muestra un parecido grande, también por tener incrustaciones de sodalita (Money 1991; Berenguer 2000: 72-73). Sólo el trabajo de Higuera (este número) trata de esta región, sin proveer una discusión detallada de la cronología.

1b. La cronología relativa

Huari

La cronología relativa se basa en los análisis de contextos y sus interrelaciones con otros anteriores, contemporáneos o posteriores. Es evidente que tales datos sólo pueden provenir de excavaciones en aquellos sitios que proveen de este tipo de información.

Brevemente se va a volver a contemplar los datos presentados en los dos números para especificar estos principios. La mayoría de los materiales presentados proviene de contextos fu-

nerarios. Estos contextos son importantes, ya que suelen representar un tiempo reducido. Para servir de indicador cronológico, sin embargo, requieren la relación con otro tipo de contexto (v.g. arquitectura), así como la comparación con otros del mismo tipo.

En el caso de San José de Moro, Castillo (número anterior) sostiene que el sitio muestra una estratigrafía definida, la cual lamentablemente no está presentada, por lo que no queda claro si su secuencia se apoya en otras evidencias que las estilísticas. En todo caso, parece claro que las estructuras funerarias usadas antes de la presencia de cerámica foránea siguen en uso, así como la cerámica mochica, quizá aún en forma poco alterada de la cerámica local, que apenas se presenta. Sólo en el Periodo Transicional —el cual, al parecer, es de corta duración— hay cambios mayores en las estructuras y en la cantidad de material foráneo de estilos «huari», el cual, a su vez, es seguido por un periodo de abandono. Este periodo, lamentablemente, no está tratado *in extenso*.

En el caso de Cao —un centro mochica de relativamente larga duración, documentada en la superposición de edificios que de manera probable representan un total de unos 200 años (Kaulicke 2000: 195)— los contextos funerarios del Horizonte Medio corresponden a momentos posteriores, *i.e.* lo «mochica» sirve de *terminus post quem*. Esta ocupación funeraria —¿contemporánea con el Periodo Transicional de San José de Moro?— aparentemente sigue —¿en forma ininterrumpida?— con la cultura Lambayeque o Sicán.

Esta característica de una reocupación funeraria en sitios monumentales abandonados se observa también en otros sitios. Probablemente los contextos excavados por Uhle en la Huaca del Sol (Uhle 1913: Figs. 16-18, Lám. VI) son áreas funerarias ocupadas después del abandono de la arquitectura monumental y urbana mochica. También los de Chimu Cápac (Menzel 1977: 29-30) pueden corresponder a esta situación, ya que la arquitectura parece corresponder básicamente al Formativo Tardío (Valkenier 1997). Otros casos existen en la costa central y, sobre todo, en los numerosos contextos de Huaca Malena, valle de Asia, intrusivos en arquitectura del Periodo Intermedio Temprano. Estos casos, aparentemente frecuentes, exigen la búsqueda de asentamientos contemporáneos, los cuales, si bien existen, carecen de estudios mayores —sobre todo excavaciones en área— que puedan sustentar el carácter local o regional de ellos, así como la duración de su ocupación.

En cambio, El Castillo, en el valle de Huarmey (Prümers, número anterior), muestra una arquitectura funeraria compleja de grupos de cuartos con nichos funerarios construidos de adobes, los que en forma y marcas ocasionales recuerdan modelos norteños. Un estudio pormenorizado de esta arquitectura, con la limpieza correspondiente, sería conveniente para definir mejor el tiempo de uso y los cambios estructurales ocurridos en este lapso. Aparentemente faltan indicios de ocupación anteriores o posteriores.

Las zonas de Marcahuamachuco y del Callejón de Huaylas destacan por arquitectura funeraria compleja en forma de mausoleos y chullpas en la cercanía de arquitectura residencial. Si bien ambas zonas forman parte de áreas arquitectónicas residenciales, con secuencias reconocidas, no están presentadas de manera clara como para poder definir arqueológicamente la duración de las ocupaciones respectivas y sus cambios contextuales. Si bien Lau sostiene que las chullpas constituyen una innovación en la fase Warmi (Lau 2002), éstas formas arquitectónicas son más tempranas al norte (Cf. Isbell 1997).

Probablemente entre Huaura y Ancón existe otra tradición funeraria, llamada Teatino, cuyos ceramios también se encuentran en el Callejón de Huaylas. En Ancón parece existir durante todo el Horizonte Medio, con un auge que corresponde al Horizonte Medio 2 y 3. Tanto la cerámica como las estructuras funerarias (pozos profundos con cámaras laterales, Cf. Kaulicke 1997) se constituyen

como características con distribución regional marcada. Dentro de estos contextos también aparece la cerámica, normalmente denominada «epigonal». Esta tradición funeraria, de modo evidente, también está asociada a asentamientos pertinentes que no han sido estudiados como para permitir mayores precisiones.

La costa central, sobre todo en el valle del Rímac, ha sido más estudiada en los últimos años, concentrándose en lo que suele llamarse la cultura Maranga, cuya posición cronológica no está del todo aclarada (¿fines del Periodo Intermedio Temprano hasta Horizonte Medio 1 o solo inicios del Horizonte Medio?). Secuencias de fases constructivas superpuestas en la arquitectura monumental y en áreas de arquitectura residencial y doméstica en forma de pisos, rellenos y arquitectura superpuesta permitirán una precisión mayor de la cronología y sugieren cierta duración de ocupación, aunque sin evidencias mayores de estilos «huari». Las relaciones con un estilo Lima más temprano no están precisadas aún y las evidencias posteriores a la arquitectura monumental, parcialmente contemporáneas con evidencias de los estilos Pachacamac, Viñaque y otras, requieren más estudios. Los trabajos de Franco y Paredes en Pachacamac han puesto en evidencia arquitectura monumental contemporánea, pero reconocen fases constructivas posteriores en las cuales aparecen elementos constructivos norteños. Muy importante es un depósito ritual de cerámica en la última fase que plantea una revisión del concepto de cerámica «epigonal» y la presencia cronológica de un Horizonte Medio 3. Parece más probable que se trate de variantes menos elaboradas de los estilos del Horizonte Medio 2B. Depósitos anteriores del estilo Nievería existen tanto en la costa como en la sierra de Lima (Cf. Kaulicke, número anterior). En esta última, el estilo Nievería parece estar asociado a arquitectura funeraria compleja (Villar Córdoba 1935).

Las recientes investigaciones en el área nuclear de Ayacucho han revelado una complejidad insospechada de la arquitectura funeraria, que se suma a evidencias ya conocidas anteriormente (Cf. Benavides 1984, 1991). Tanto en Conchopata como en Huari abundan ejemplos que permiten una tipología propuesta por Isbell, que varía desde estructuras relativamente pequeñas a otras mayores y algunas monumentales (Pérez, número anterior). La de Monqachayoq, la mayor de todas, parece ser sólo una de una serie de estructuras detectadas en el complejo (Pérez, comunicación personal 2002). Aún resulta difícil fecharlas por efectos del saqueo o por la ausencia de análisis pertinentes. Gracias a sus investigaciones intensivas en Conchopata, Isbell ha propuesto una secuencia basada en ocupaciones superpuestas en el sitio que se inicia a fines del Formativo (fase Huamani) —lo que aún es tentativo— seguido por la fase Mendoza, del Periodo Intermedio Temprano, caracterizada por el estilo Huarpa y con evidencias arquitectónicas y funerarias. Para el Horizonte Medio distingue la fase Silva, que inicia el proceso urbano, seguida por la fase Huisa. La secuencia termina con la fase Alarcón, con evidencias esencialmente posurbanas. Para el complejo Huari propone una secuencia propia que se inicia con la fase Churucana —con evidencias efímeras del Formativo— hacia el este del complejo. La fase Vista Alegre corresponde al Periodo Intermedio Temprano, con evidencias de arquitectura y contextos funerarios huarpa. La siguiente, Quebrada de Ocros, inicia el Horizonte Medio, seguida por la fase Moraduchayoq y termina con la fase Royac Perla. Aún queda por establecer de modo más claro las superposiciones arquitectónicas para establecer la sincronía de los edificios en el área del complejo, así como la duración de las ocupaciones (remodelaciones, agregados, abandono parcial, relleno, etc.). Estas secuencias, sin embargo, no cuentan aún con la información necesaria de superposiciones, remodelaciones, ampliaciones, desplazamientos, etc.

Ofrendas, en el sentido de depósitos probablemente rituales, aparecen en contextos de arquitectura en sitios menores —considerados rurales, como en Aqo Wayqo— así como contextos funerarios en forma de pozos circulares sencillos, con paredes revestidas de piedras y lajas líticas para la tapa (Ochatoma y Cabrera 2001), los que pueden estar enmarcados en recintos cuadrangulares pequeños, como en el caso de Qori Huilca (Ochatoma y Cabrera 2001: 94-96) o formar parte de estructuras en «D», como en Ñawimpuquio (Ochatoma y Cabrera 2001). Valdez *et al.* (2001a, b)

presentan otros casos para Posoqoyyata. Lamentablemente, la forma de la presentación no permite una comparación estilística pormenorizada. En general, sin embargo, los tipos de asociación tanto internos (dentro de las estructuras funerarias) como externos (relación con arquitectura) permitirán una discusión cronológica, y sus implicancias interpretativas son muy prometedoras. Resulta interesante señalar que el elemento básico parece ser el pozo circular aun en la arquitectura funeraria más compleja, como la de Monqachayoq.

Otro aspecto muy importante en las excavaciones de Conchopata es la mayor definición de lo que suele llamarse «ofrendas»; en sentido estricto, un proceso que lleva de la elaboración de vasijas de gran tamaño y formas definidas, su uso quizá poco prolongado en contextos probablemente rituales, luego quebradas de manera intencional y depositadas en contextos definidos. Isbell propone varios tipos, que corresponden a las fases principales de la ocupación urbana. Este tipo de contextos aparece en un área relativamente limitada que incluye el valle de Nazca, el de Pisco (Maymi) y Huancavelica (Ravines 1968). Cerámica quebrada intencionalmente también aparece, a veces en recipientes grandes —pero no «gigantes» necesariamente—, en la costa central (Segura 2001; Mogrovejo y Segura, número anterior) y quizás en otros lugares que no corresponden al Horizonte Medio, sino que aparecen desde el Formativo (Tellenbach 1997). Conviene separarlas también de los contextos de depósitos de cerámica completa, que también tienen una tradición larga en los Andes Centrales (v.g. la Galería de las Ofrendas, Lumbreras 1993). En ninguno de los casos citados queda completamente claro si se trata de un solo evento o varios; con frecuencia falta la información precisa acerca del contexto arquitectónico al que pertenecen y su relación cronológica con el mismo (depósito anterior a modo de rito de fundación, contemporáneo o posterior).

Para los valles de Palpa y Nazca, Isla (este número) ofrece información acerca de contextos funerarios que parecen inscribirse dentro de cánones que sugieren una cierta permanencia de rasgos de los contextos anteriores, pertenecientes a la cultura Nasca, con algunas innovaciones. Datos acerca de la cronología relativa no aparecen ni en su artículo ni en el de Schreiber (número anterior).

Para el extremo sur y la sierra sur se presentan dos sitios complejos: uno en Cerro Baúl (Williams *et al.*, este número) y otro en el Cuzco, Pikillacta y Huaró (Glowacki y McEwan). El sitio de Cerro Baúl, al parecer, muestra dos fases arquitectónicas que no parecen reflejar un tiempo muy prolongado de ocupación. La zona de Batán Urqu, en cambio, es más compleja. En cuanto a estructuras funerarias, Zapata (1997) describió de manera detallada un complejo extenso, usado durante un tiempo algo prolongado como se deduce de la presencia de actividades arquitectónicas superpuestas. Este sitio muestra ciertas similitudes con los complejos de Monqachayoq, sin que esto sugiera de modo necesario contactos directos. Su descripción detallada es la primera dedicada a un conjunto funerario complejo para toda la zona de influencia de Huari. En cuanto a la estratigrafía, muestra en otro artículo (Zapata 1998) una ocupación probablemente continua desde el Formativo (estructuras circulares superpuestas y construcciones más complejas del Formativo Tardío [Chanapata derivado y Bandojan, estratos 11 a 16]). El estrato 10 contiene cerámica de Pukara, superpuesta y asociada a cerámica huaro (Periodo Intermedio Temprano, estratos 6 a 10). El estrato 5 contiene incensarios de Tiwanaku III, mientras que el estrato 4 contiene ocupaciones con cerámica Muyu Urqu (Horizonte Medio) con las evidencias descritas, superpuestas a su vez por un relleno ocupacional entre el Horizonte Medio y el Periodo Intermedio Tardío y, finalmente, una aldea del Periodo Intermedio Tardío (Zapata 1998: 313-314). Lamentablemente, Zapata aún no ha presentado sus evidencias en detalle, a diferencia de las del Formativo y del Horizonte Medio.

Otro aspecto relacionado son las diferentes formas de tratamiento del individuo en las estructuras funerarias discutidas. Por lo general se asume que los fardos funerarios con el individuo sentado en su interior constituyen en el norte una evidencia a favor de una incursión huari. Esta

hipótesis omite la presencia de tales fardos en el norte desde el Formativo (v.g. Kuntur Wasi [Onuki 1997] y Cupisnique [Larco 1941]) al lado de individuos extendidos. En los contextos mochica, los individuos extendidos predominan, pero hay ejemplos de flexionados sentados también. En los contextos funerarios de la costa central (Cf. Kaulicke 1997; 2000, primera parte) los fardos parecen mostrar una filiación «cultural» que concuerda con los estilos y las estructuras funerarias, tanto en la forma del fardo como, sobre todo, en la forma, material y tratamiento figurativo de la cabeza postiza. Lamentablemente, la información más detallada sobre este punto está contenida en obras del siglo XIX o la parte temprana del XX. Numerosas excavaciones recientes han revelado la existencia de muchos de ellos, pero la ausencia de una descripción detallada prohíbe su caracterización apropiada como base para un estudio comparativo. La posibilidad de modificaciones posteriores luego de la colocación primaria, y su asociación a otros en la misma estructura, sugieren la presencia de un manejo prolongado que podría conllevar a una «mezcla estilística». Actividades como la atención «secundaria» de las estructuras y los fardos parece ser algo común durante el Horizonte Medio (Cf. Paredes *et al.*, número anterior: 259-264, cuatro niveles de deposición ritual y entre 23 y 26 «elementos» óseos superpuestos de un número total indefinido por estructura, o, más detalladamente, Zapata 1997). Análisis más detallados podrían llevar a estimaciones más o menos precisas de la duración total de estas secuencias funerarias.

En resumen, se presenta una perspectiva muy compleja en la que parece predominar la variedad en vez de una unión homogeneizante. Los estilos cerámicos «huari» se insertan dentro de secuencias y contextos culturales variados sin que se imponga la impresión de que se trate necesariamente de indicadores de cambios profundos, quizá con algunas excepciones poco claras. La duración de estos episodios parece variar: en algunos casos aparecen estructuras sin antecedentes, en otros señalan el final de una ocupación, y en otros aun se insertan dentro de secuencias largas. Esto parece apuntar hacia una dinámica de contactos sobre un tiempo relativamente prolongado, que revisten episodios de características variadas en tiempos y circunstancias. Surge la imagen de espacios sociales marcados por identidades propias que no se pierden con la intrusión de elementos foráneos, sino que estos últimos —no solamente provenientes de Huari— parecen estimular en general una complejidad mayor. Las diferentes secuencias, en cambio, parecen confirmar la presencia de varios estilos coetáneos durante varias fases ocupacionales o constructivas, lo que exige un tratamiento estilístico más preciso, *i.e.* la definición de los cambios internos dentro de los estilos reconocidos, así como sus posibles variantes regionales. Por otro lado, parece que en la mayoría de los casos en los que se definen fases, no exceden de dos de duración algo incierta y sus relaciones específicas no están aclaradas del todo.

Para la costa, existe otro elemento que podría usarse como elemento marcador. Se trata de sedimentos, interpretados como evidencias de precipitaciones fuertes que se dejan registrar hasta por lo menos el valle de Palpa (Reindel, comunicación personal). Si estos reflejan eventos de lluvias torrenciales relacionados con los Mega Niños, es de suponer que existe una interrelación temporal entre ellos, sobre todo si es factible definir las ocupaciones inmediatamente previas y posteriores al evento. Si bien fenómenos pertinentes se han registrado en algunos de los sitios tratados, no han recibido la atención debida como elemento cronológico válido (Cf. Kaulicke 2000).

Tiwanaku

La disponibilidad de datos concernientes a la cronología relativa en el espacio con presencia estilística tiwanaku es aun más discreta que para el espacio huari. En las descripciones del núcleo monumental de Tiwanaku se enfatiza lo supuestamente estático e inalterado que contrasta marcadamente con la narrativa política evolucionista que pretende visualizar un desarrollo continuo desde el nivel de aldea hasta imperio. De manera evidente, esta perspectiva es errónea. Vranich

(este número) es enfático en exigir una síntesis de la multitud de datos dispersos en publicaciones de difícil acceso, informes inéditos (una especie de investigación policíaca en sus palabras) y ejemplifica su demanda en una reinterpretación de la Akapana. Con los fechados obtenidos en excavaciones previas, Vranich sostiene que esta estructura fue construida de un modo relativamente rápido en el siglo VIII d.C. dentro de un contexto de cambios sociales y urbanos. El mismo autor propone tres fases de construcción de Pumapunku (Cf. Protzen y Nair, este número). Protzen y Nair (Cf. también 2000, 2002) discuten las puertas, tanto de Pumapunku como de los demás contextos arquitectónicos, y sostienen que la llamada «Puerta del Sol» y todas las de Pumapunku, junto con las plataformas, ostentan evidencias que demuestran que son obras no terminadas, lo cual no excluye la conclusión de que se trata de obras tardías en vez de muy tempranas en la secuencia de Tiwanaku. Tampoco se trata de estructuras independientes (lo cual les otorgaría un status excepcional), sino de elementos arquitectónicos asociados a estructuras, pese a que su actual estado y ubicación no permiten precisar asociaciones aseguradas. Este estado inacabado también vale para una serie de estatuas. Como estas estatuas, al igual que parte de la arquitectura, llevan los elementos iconográficos vistos como «modelos» para otros sobre otro tipo de soportes —como la cerámica, tejidos, tabletas de rapé, etc.—, su precisión cronológica sería de suma importancia. Muchas de ellas son antropomorfas y están en posición erguida, con vestimenta y objetos asociados muy parecidos, lo cual vale también para las incisiones en tocados, cinturones, camisas, faldas, etc. que se repiten también en otras piezas líticas y en los elementos arquitectónicos propiamente dichos (Cf. Posnansky 1945). Los estudios estilísticos quedan por hacerse básicamente ya que falta un catálogo descriptivo, siendo el de Posnansky (1945) poco convincente en cuanto a sus fases estilísticas propuestas.

Varias estatuas, entre ellas el famoso «Monolito Bennett», fueron excavadas por Bennett (1934: 385-380, 428-444) en el Templo Semisubterráneo, el mismo que fue excavado luego por Ponce Sanginés (1969). Este conjunto consiste de varias estelas o estatuas estilísticamente heterogéneas y no contemporáneas, acabadas e inacabadas, asociadas con un receptáculo circular.⁵ ¿Existe una relación funcional y contemporánea entre estelas y receptáculos análoga a las estelas mayas con sus «altares»? ¿se trata de un «enterramiento ritual» posterior a la construcción del templo?, ¿se trata, además, de un acto de respeto ante piezas al parecer más antiguas, como una forma de «conciencia histórica» o legitimación política?

Cerámica asociada aparece en forma de ofrendas de recipientes quebrados de manera intencional, asociados a llamas e individuos humanos en varios lugares cercanos a la arquitectura (Manzanilla 1992; Alconini 1995). También aparece en las zonas residenciales en distribuciones definidas (Cf. Janusek 2002). Asimismo, su asociación con contextos funerarios está comprobada, pero estos últimos reciben un tratamiento extrañamente discreto. Kolata (1993: 156-162) describe un conjunto arquitectónico, llamado el «Palacio de los Cuartos Multicolores» (Kolata 1993: Figs. 5.36 a, b), de factura arquitectónica excepcional dada la presencia de adobes estucados y pintados, bloques líticos finamente cortados, arquivadas con relieves y evidencia de una serie de ofrendas dedicatorias en forma de individuos humanos —¿evidencias de ritos de fundación?— y tumbas con pozo y cámara en las esquinas del conjunto. La del noreste contenía restos del fardo funerario de un individuo, probablemente femenino, con brazaletes de cobre, un collar con cuentas de lapislázuli, sodalita y turquesa, una máscara de oro en miniatura —probablemente adherida al fardo en el lugar correspondiente— así como minerales exóticos, punzones y tubos óseos. Una pequeña cámara lateral contenía piezas de metal en un fardo textil, así como otros objetos de metal, hueso y minerales. Otra cámara al sureste contenía dos individuos con una aguja de plata y cornamenta de venado. También aparecen nichos de bloques cortados (Kolata 1993: Fig. 5.42) que podrían haber sido parte del conjunto funerario. Lamentablemente, la documentación gráfica se limita a dos fotos de los contenidos de las cámaras (Kolata 1993: Figs. 5.40, 5.41, sin escala), y los planos no indican ni la ubicación ni las dimensiones u otras características de estas cámaras o de los nichos (Kolata 1993:

Fig. 5.36 a, b). Podría tratarse de un anexo, parecido a las plataformas funerarias conocidas de la costa norte del Perú, cuyos contextos funerarios principales fueron saqueados con anterioridad.

De acuerdo a los datos presentados por Posnansky (1945, II: Pl. I, Figs. 38-41) hubo también cámaras subterráneas —saqueadas, por supuesto— al noreste del Kalasasaya que al parecer eran tumbas elaboradas (nótese la perforación en la laja del techo en Fig. 40) que guardan cierto parecido con las estructuras de Cheqowasi de Huari.

En Iwawi, las estructuras funerarias parecen ser pozos sencillos con tapa; en Lukurmata aparecen pozos circulares revestidos con piedras, en un caso sobre una plataforma y estructuras sobre la superficie. Las estructuras de Tiwanaku V se caracterizan por tener forma troncocónica invertida, con círculos de piedra alrededor de la boca (Stovel, este número).

Fuera del núcleo de Tiwanaku —y, en particular, en las áreas más distantes, como el valle de Moquegua, el de Azapa, San Pedro de Atacama y la región oriental de Cochabamba— la mayoría de los datos referentes a la cerámica y a sus asociaciones proviene de recolecciones de superficie o de contextos funerarios, y en menor escala de excavaciones de unidades domésticas. Una cierta excepción es la estructura monumental Omo M10 (Goldstein 1993b; Goldstein y Owen, este número), en la cual aparecen ofrendas y sacrificios de camélidos, así como tapices, que son escasos en otros contextos de Moquegua. Hacia su lado noreste está asociada un área funeraria con más de 70 estructuras funerarias en forma de pozos cilíndricos con cerámica del estilo Chen Chen. Cerámica fina del estilo Omo, que incluye incensarios y vasos-retrato, aparece también en contextos domésticos aunque, al parecer, como parte de rituales (Goldstein 1993a).

Estas estructuras funerarias aparecen también en áreas funerarias extensas como en el complejo Chen Chen. En una tesis (Montibeller 1993) se hizo el intento de subdividir las estructuras en tipos. Según esos estudios, pozos cilíndricos sencillos con tapa lítica aparecen en contextos con cerámica de los estilos Omo, Chen Chen y Tumilaca. Lo mismo vale para los pozos cilíndricos con tapa, revestidos con piedras —el término «cista» utilizado con frecuencia para este tipo es erróneo—, aunque parecen ser más populares con poblaciones que usan la cerámica chen chen o tumilaca. Casi todos comparten también la orientación del individuo hacia el Norte. Este último tipo también corresponde a individuos asociados con cerámica huari, cuya existencia en el sitio también fue atestiguada por los trabajos de otros arqueólogos peruanos (Cf. Montibeller 1993). Es también el mismo tipo excavado por Ochatoma y Cabrera en Aqo Wayqo, cerca de Ayacucho (Ochatoma y Cabrera 2001; Cf. arriba y también Valdez *et al.* 2001).

Estas estructuras relativamente sencillas en Moquegua difieren de manera marcada de las anteriores descritas en Goldstein y Owen (este número) que corresponden en el lado chileno a las características de la fase Alto Ramírez (Cf. Muñoz 1987).

En la costa norte de Chile, las estructuras con contenido tiwanaku y contemporáneas parecen consistir por regla en pozos circulares sencillos (Cf. Soto-Heim 1987: 144), algunos revestidos en piedra. Asimismo, en San Pedro de Atacama existen principalmente estas estructuras, sin revestimiento de piedras, con o sin marcadores de madera y con o sin tapas de piedra, al lado de enterramientos en capas y en túmulos (Stovel, este número).

Por último, en Cochabamba, en el sitio de Tupuraya, Rydén excavó verdaderas cistas (*square stone-chamber grave*) o estructuras casi cuadradas, de lajas superpuestas con mortero y tapadas con lajas más grandes de poco más de 1 metro de largo y 60 centímetros de altura, o aun más pequeñas y circulares, y tan llenas de ceramios que se tiene que suponer que los individuos estaban incinerados o que recibían tratamiento secundario, lo cual también está sugerido por la presencia de

urnas. El área funeraria se encontraba en un montículo habitacional (Rydén 1959). Berenguer (2000: 70) menciona la presencia de mausoleos de adobe en la fase Piñami, los que disturbaban contextos de la fase Illataco. Lamentablemente, no se dispone de información más precisa.

En general, la situación es parecida a la del área huari en el sentido de un tratamiento muy ligero de los datos, lo que no permite precisar las interrelaciones cronológicas de manera correcta. Queda claro que los contextos funerarios son los que originan más material y los que están presentes en toda el área de discusión. Si bien aparece cerámica y otro material cronológicamente sensible en contextos arquitectónicos, la distribución precisa de piezas asociadas (excluyendo las del relleno) por regla no se presenta. Como en el caso de Huari, la cerámica y su atribución estilística bastan para definir el tiempo pese a que la definición estilística suele ser poco precisa. No existen, al parecer, situaciones de superposición de arquitectura (al menos no documentadas) que puedan sustentar o comprobar la secuencia estilística propuesta. Si estos problemas existen para Tiwanaku son aún más evidentes en sitios de menor categoría. A modo de ejemplo, cabe preguntarse si los problemas de la secuencia Omo-Chen Chen, basada en criterios estilísticos, podrían resolverse con un análisis espacial más refinado. ¿Existen dos grupos contemporáneos en coexistencia, pero separados espacialmente, o existe una diacronía en un desplazamiento de asentamientos?, ¿pueden existir dos estilos diferentes en forma paralela durante un tiempo prolongado? Al parecer, tales posibilidades existen en el mismo sitio de Tiwanaku, en la costa norte de Chile y en otras zonas, sin que se haya resuelto el problema por medio del análisis de contextos arqueológicos comparados.

Queda por señalar que el tipo de análisis al que se someten los contextos funerarios suele ser limitado en sus alcances. Por lo general, se tratan los datos desde una especie de «pool», *i.e.* se establece un conjunto indiferenciado de las evidencias obtenidas, desde el cual se extraen aquellas que sirven para la discusión como *v.g.* la presencia de piezas estilísticamente relacionadas con Tiwanaku, su tratamiento estadístico (*Cf.* Uribe y Agüero, este número) y su contexto generalizado frente a lo «no tiwanaku». En este enfoque, algunos de los criterios relacionados reciben menor atención, como las características constructivas de las estructuras funerarias, el tratamiento del individuo en cuanto a posición, orientación, etc. y el tipo de asociación entre el individuo y los objetos asociados. Como lo he tratado en diferentes ocasiones (*Cf.* Kaulicke 2000) una metodología más rígida es de suma importancia para poder llegar a conclusiones de tipo cronológico o a interpretaciones sociológicas. Aquí basta un resumen breve de esta metodología. El contexto funerario es un conjunto de asociaciones que reflejan un evento (o una serie de eventos interrelacionados en un tiempo corto). Este contexto es la manifestación de una identidad social como un momento en una secuencia que se inicia antes de la muerte de un individuo y la proyección de una secuencia destinada a una transformación, es decir, eventos ritualizados inmediatamente antes de la muerte, la muerte física, la colocación en el contexto conservado y la proyección hacia una identidad nueva posibilitada por la ritualización socializada de la muerte. Si se acepta este axioma, se entiende el contexto como una ritualización materializada guiada por reglas, las cuales se establecen por comparaciones con otros contextos dentro de una asociación mayor. Esta asociación puede darse (como en el caso de Huari y Tiwanaku) en forma de arquitectura funeraria dentro de complejos arquitectónicos más amplios, lo cual facilita su definición cronológica. Más comunes suelen ser áreas funerarias («cementeros»). Cada una de éstas es la manifestación de una serie de inhumaciones continuas que reflejan el ritmo de decesos dentro de un grupo social o «étnico». El ritmo de crecimiento también se refleja en la ubicación espacial, lo cual permite un análisis llamado «estratigrafía horizontal». ¿Cuáles son las características específicas de núcleos o conjuntos de contextos que comparten en serie de elementos significativos?, ¿cuáles son los elementos que aparecen de manera más esporádica?, ¿cuáles son las diferencias entre grupos o núcleos?, ¿cuáles de estas diferencias probablemente reflejan distancias cronológicas y cuáles sugieren otro tipo de interpretación?, ¿qué relaciones existen entre asentamientos y área funerarias?. Así como una unidad doméstica no tiene una vida ilimitada (entendida en el sentido literal), y sus

modificaciones, traslados, superposiciones, etc. reflejan un lapso de tiempo definible, los contextos funerarios en su conjunto creciente (el área funeraria) también resultan ser reflejo de un número teóricamente definible de generaciones. La cronología relativa, por lo tanto, debería respetar estas reflexiones en el fin de precisar cuestiones estilísticas dentro de una lógica cronológica basada en la definición detallada de contextos, sus asociaciones intercontextuales y extracontextuales con el fin de llegar a conclusiones comparativas traducibles en tiempo. Cada contexto arqueológico —sea funerario, doméstico, de ofrendas, etc.— tiene un potencial cuya utilidad se manifiesta en la aplicación de una metodología científicamente aceptable. No conviene rechazar el componente funerario, como parecen hacerlo algunos arqueólogos por cuestionar su valor (algo curioso, ya que la mayoría de las piezas portables estilísticamente significativas provienen de este tipo de contextos), sino utilizarlo dentro de un marco teórico coherente (Véase párrafos inferiores), de manera conjunta —o contrastada— con los otros componentes considerados significativos en la construcción de modelos.

1c. La cronología absoluta

En los trabajos publicados en los números que se discuten, los fechados radiocarbónicos aparecen sólo de manera esporádica, sin que se sepa siempre qué es lo que pretenden fechar. Dos o tres fechados difícilmente pueden definir satisfactoriamente la duración de una fase reconocida, dada la inseguridad intrínseca del método por la poca precisión del tiempo representado, posibles contaminaciones y la conversión o no conversión en fechados calibrados (*Cf.* Knobloch, número anterior). En este sentido surge el problema de que se los usa para confirmar o rechazar la secuencia estilística, con lo cual la interpretación se convierte en un argumento con características de un círculo vicioso.

Menzel (1977, tabla cronológica) propone una duración total del Horizonte Medio entre 550 y 900 d.C.; para el «imperio Huari» calcula un lapso entre 600 y algo menos de 800 d.C. Estos cálculos coinciden básicamente con los de Isbell para Conchopata, basados en 12 fechados. Éstos se distribuyen en dos fases, Silva y Huisa, cuya duración por fase alcanza un aproximado de 150 años. La mayoría de los fechados forma núcleos cuyos promedios se restringen a pocas décadas, lo cual podría también permitir la lectura de una fluctuación de tiempos relativamente breves, aunque esta impresión depende de una discusión más exhaustiva de los contextos, que no está disponible aún.

Williams (Williams 2001; Williams *et al.* este número) presenta una discusión de fechados de Cerro Baúl comparados con otros publicados previamente. De acuerdo a ello, existe una primera fase fechada en 600 a 685 d.C. (calibrado) y una segunda entre 780 y 980 d.C., lo cual podría significar la presencia de dos fases no necesariamente continuas. Los fechados tardíos son sorprendentes, ya que se asocian con estilos tempranos en la cronología estilística, como Chakipampa; la «tiwanaquización» también se ubica cronológicamente muy tardía en la secuencia (*Cf.* este número, contribución de Isbell).

Para el límite norte de la «influencia» huari se dispone de series más largas que podrían o deberían ser contrastadas con las del sur. Para la zona urbana del Complejo Moche, cerca de Trujillo, existe una veintena de fechados, la mayoría de ellos en asociación con piezas estilísticamente atribuibles a Moche IV (Chapdelaine 2001: 72-73). Éstos se agrupan en dos series, una entre aproximadamente 450 y 650 d.C. y otra entre 600 y 750 d.C. Debido a que existen superposiciones frecuentes en el sitio, aún no muy especificadas (no se ha propuesto aún fases de ocupación del complejo), este lapso dilatado está por probarse aún por medio de la cronología relativa; sin embargo, si se acepta la validez de estos fechados, el estilo Moche IV debería ser al menos parcialmente contemporáneo con Huari. Los contextos con piezas del Horizonte Medio 2B excavados por Uhle en la Huaca

del Sol, por lo tanto, no serían más tempranos que el siglo VIII, lo cual es perfectamente aceptable. Otra serie de Lambayeque (Pampa Grande y Huaca del Pueblo, Batán Grande, *Cf.* Shimada 1994, 1995), correspondiente estilísticamente a Moche V, está también entre alrededor de 600 y 750 d.C., lo cual implicaría una contemporaneidad con el Moche IV (¿tardío?) de la Huaca de la Luna. Inclusive, la siguiente «cultura» Sicán, con sus subdivisiones Sicán Temprano (700 a 900 d.C.) y Sicán Medio (muy bien fechado, *Cf.* Shimada 1995: 183-198, 900 a 1000 d.C.) está dentro de los límites cronológicos de Huari y Tiwanaku (*Cf.* secuencia de Moquegua en Goldstein y Owen; así como Owen y Goldstein, este número, con aproximadamente 800 a 1000 d.C.).

Para Tiwanaku ya se mencionó la propuesta cronológica de Janusek (véase arriba), pero sus fechados oscilan en su mayoría entre 750 y 950 d.C. (Janusek 1994: Fig. 5.2). Los datos presentados por Pärssinen (este número) para Nazacara concuerdan con esta cronología revisada en el sentido que Tiwanaku IV probablemente comienza alrededor de 550 y 600 d.C. Con ello, resulta probable que las fases expansivas de Huari y de Tiwanaku parezcan ser largamente contemporáneas.

Resumen

Se ha emprendido esta discusión larga y quizá algo tediosa con el fin de demostrar que la sensación de incomodidad frente a los problemas presentados por la definición coherente de una cronología general para el Horizonte Medio, expresada por muchos arqueólogos, se explica por una serie de factores interrelacionados que conciernen todo el *corpus* de las evidencias materiales de Huari y Tiwanaku, así como sus vínculos cronológicos con otros estilos o culturas «no tiwanaku» y «no huari». Toda narrativa histórica se debe basar en una cronología lo suficientemente asegurada para no incurrir en anacronismos, argumentos circulares o simplemente en la ficción. Precondición para ello es una clara definición de los conceptos empleados y el procedimiento transparente que llevan a la propuesta presentada en forma de conclusión. Estas definiciones, sin embargo, por lo regular no aparecen en las publicaciones respectivas, de modo que no están aclaradas cuáles son las interrelaciones entre el material estudiado (con frecuencia no presentado o sólo en ejemplos «ilustrativos») y las ideas de tiempo influenciadas por una cierta narrativa preferida, *i.e.* la cronología peligra en degradarse a un pretexto que supuestamente comprueba el modelo, por lo que se convierte en círculo vicioso.

Sin el ánimo de tratar de definir «estilo» en este contexto (*Cf.* Conkey y Hastorf 1990), la definición de Menzel es coherente, como también podría haber otras. «Estilo» de ninguna manera es igual a tiempo, sino es «una manera de cómo hacer cerámica u otras cosas» de acuerdo a un conocimiento previo compartido por un grupo que acepta los resultados materiales y los usa dentro de una gama de motivaciones diferentes. En este sentido, no existe ni un estilo Tiwanaku ni un estilo Huari (véase arriba). La llamada cerámica fina o «diagnóstica», por lo regular —sobre todo en el Horizonte Medio— se caracteriza por el empleo de moldes junto con la aplicación de colores dentro de cánones formales y cromáticos que permiten una multiplicación en series, lo cual implica su distribución mayor dentro de lapsos temporales mayores (aunque la pintura implica la presencia de intervenciones directas de individuos). Dentro de esta perspectiva, ¿es posible que un estilo, como *v.g.* Chakipampa, se produzca en forma inalterada durante varios siglos? Menzel aparentemente pensaba que no, por lo que lo subdividió en A y B. Si este procedimiento es correcto, podría aún pensarse en una eventual subdivisión adicional «C» en caso que existan piezas posteriores. Fuera de esta posibilidad, existe la de la «fusión» en términos de Menzel, *i.e.*, la presencia de elementos de dos o más estilos en una pieza que forma parte de un conjunto mayor. Esta «fusión», fuera de otras connotaciones, implica contemporaneidad. Otra es la posibilidad de comparación entre estilos, en este caso entre el conjunto de los estilos dentro del ámbito huari y el tiwanaku. Knobloch (número anterior) presenta un ejemplo muy sugerente del «Grifo de Pachacamac» del sitio eponimo comparado con una pieza de Tiwanaku, arguyendo de manera acertada que es casi idéntica en los estilos

Clásico como Decadente, esta última como versión menos fina o común (Conkey y Hastorf 1990: 80). En el corpus de cerámica de Tiwanaku se comienza a descartar la subdivisión estilística en Tiwanaku IV y V con pretensión cronológica. Para el ámbito huari esta conclusión aún no se ha tomado en serio, pero está sugerida por argumentos contundentes (por lo que queda por preguntarse si aún es válida la subdivisión general en Horizonte Medio 3 y Horizonte Medio 4). La consecuente reagrupación estilística está por hacerse. En todo caso, debe quedar claro que el enfoque estilístico requiere una sofisticación más allá de la que usualmente se le da.

Por otro lado, la utilidad del enfoque estilístico está estrechamente vinculada con el material que sirve de base para este tipo de análisis, *i.e.*, la ubicación dentro de una situación arqueológica que potencialmente permite la precisión cronológica dentro de secuencias finas. De ahí que es importante refinar los análisis de contextos funerarios, así como de arquitectura monumental y doméstica, la asociación de las «ofrendas» dentro de ellos, así como tratar de definir la formación de estos contextos (patrones de fracturación, piezas asociadas, número de eventos de deposición, etc.). Muy importante también es el análisis de la cerámica «menos fina» o «utilitaria». Por lo general, se supone que ésta queda inalterada casi «ilimitadamente» en el tiempo, ya que su elaboración se debe estrictamente a funciones «mundanas». De modo correspondiente, tampoco se presta mayor atención a la arquitectura no monumental, aunque también ésta suele presentar estilos. Es obvio que su estudio es de importancia, sobre todo en aquellos casos en los que la cerámica «diagnóstica» está ausente.

Por último, la interpretación de fechados radiocarbónicos —o de termoluminiscencia como en el caso chileno— no puede reemplazar los enfoques de la cronología estilística y relativa. En todo caso, puede confirmar —o, quizá más correctamente, sugerir— contemporaneidad o diacronía. Fuera de la posibilidad de la existencia de fechados aberrantes por contaminación o interpretaciones equivocadas del contexto por fechar, los márgenes inherentes de error suelen dilatar el tiempo (*Cf.* ejemplos de fases locales o regionales basadas en pocos fechados de un solo sitio, a veces sin estratigrafía reconocida). Pese a estas reservas obvias, estos fechados y sus interpretaciones suelen adquirir un peso como fechas casi calendarias y como «evidencia arqueológica». Este tipo de procedimiento, evidentemente, es un argumento circular, ya que el estilo —o lo que se entiende por él— de valor cronológico desconocido se «define» por un «pedazo de carbón», asociado o no, con una estimación de tiempo dentro de un lapso variado, pero dilatado, del cual se suele escoger el más conveniente.

2. Implicancias teóricas

Sobre esta base material, sobre todo la cerámica con o sin contexto y su distribución, se han construido muchas hipótesis de carácter político, con frecuencia teñidas de las preferencias políticas de los autores respectivos y de sus posiciones, a menudo altamente negativas, frente a las poblaciones «indígenas» actuales. Las analogías suelen centrarse en el modelo del Tawantinsuyu, de la época de los incas, que cuenta con información histórica, aunque estas analogías también padecen de las interpretaciones modernas de este fenómeno político. En el mapa de Isbell (número anterior) se vislumbra que lo que el autor designa de modo prudente como «zonas» cubre un área excepcionalmente amplia, unos 1700 kilómetros de largo con un máximo de unos 350 kilómetros de ancho para el caso de la «zona huari» y unos 1100 kilómetros de largo con casi 500 kilómetros de ancho en el caso de la «zona tiwanaku». En conjunto, efectivamente, cubre un área sólo ligeramente menor que la del Tawantinsuyu. De acuerdo con ello, se vislumbra la existencia de dos estados expansivos o imperios con sus centros en Huari y Tiwanaku respectivamente, de modo que los límites de la distribución llegan a corresponder a fronteras políticas de estados territoriales. Estas fronteras están especificadas, sobre todo en el área entre estos dos estados (*Cf.* Owen y Goldstein, este número, Fig. 1; Mujica 1985: Fig. 6.2; en el referido mapa de Isbell se trata de una zona de transición). En otro mapa reciente, de carácter de divulgación (Lumbreras 2000: 4), la «zona de

expansión huari» cubre un área parecida a la indicada por Isbell, pero con dos enclaves en el Alto Piura y en Moquegua, lo cual enfatiza el carácter político de estado territorial. Para Lumbreras, esta expansión se debía casi exclusivamente a conquistas militares.

Sin ánimo de entrar en discusiones pormenorizadas de la gama de hipótesis presentadas, resulta ineludible que estas hipótesis tendrían que basarse en modelos que interpreten las evidencias arqueológicas dentro de un marco histórico, tomando en cuenta el carácter dinámico de formaciones políticas, sus condiciones sociopolíticas de formación, funcionamiento y ocaso, así como sus relaciones específicas entre ellas y un centro mayor, las condiciones étnicas, lingüísticas y sus mecanismos de poder expresadas en lo que, algo difusamente, se llama «elites».

En un trabajo reciente, Stanish (2003)⁶ presenta estos aspectos en un tratamiento coherente de las sociedades de la cuenca de Titicaca, en el cual el «fenómeno» Tiwanaku está insertado en una historia general. Esta cuenca del Titicaca comprende un área de unos 50.000 km²; el área del lago abarca unos 8.500 km². Stanish divide la historia prehispánica en siete épocas: Formativo Temprano (aproximadamente 2000 a 1300 y 1200 a.C.), Formativo Medio (1300 y 900 a 500 y 200 a.C.), Formativo Tardío (500 y 200 a.C. a 400 d.C.), Tiwanaku Expansivo (400 a 1100 d.C.), Altiplano (1100 a 1450 d.C.), Inca Expansivo (1450 a 1532) y Colonial Temprano (1532 a 1700 d.C.). Las divergencias y traslapes en años calendáricos se deben a desarrollos diferentes dentro del área, en la cual algunas zonas muestran cambios, mientras que otras mantienen las características anteriores.

Durante el Formativo Temprano no existen evidencias de una estructuración política interna, los sitios son reducidos, ubicándose con preferencia cerca de los recursos lacustres; contactos con zonas fuera de la cuenca se reducen a la obsidiana que proviene de Arequipa. La cerámica refleja un uso doméstico y hay evidencias de ciertas diferencias regionales, con cerámica de desgrasante vegetal, que aparece con más frecuencia en la parte sureña.

En el Formativo Medio se establecen sociedades con diferenciación social interna, comienza a surgir la arquitectura corporada, elaboración de cerámica especializada y la agricultura basada en camellones. Algunos sitios se convierten en centros cívico-ceremoniales asociados con poblaciones. Aparecen los patios hundidos, las estelas líticas y sitios con montículos elaborados, así como otros indicios de la presencia de rangos sociales. En el norte aparece Qaluyu como sitio mayor y Chiripa en el sur, los que se manifiestan como centros regionales primarios que suelen tener una extensión de unas 10 hectáreas —o un promedio de 5 hectáreas— con presencia de arquitectura monumental. Fuera de los sitios mencionados, hay evidencias de construcción masiva en Pucara, mientras que las evidencias de Tiwanaku no se definen aún. Stanish presenta una secuencia tentativa de estelas: las del Formativo Medio temprano son lajas de tamaños reducidos de tendencia cuadrada, planas y pulidas sin decoración, aunque pueden haber sido pintadas originalmente. En el Formativo Medio Tardío aparece la tradición Yaya-Mama (aproximadamente 500 a 200 a.C.), con estelas que llevan motivos esculpidos en forma de caras, figuras antropomorfas, cruces, animales cuadrúpedos —como ranas— en composiciones determinadas por la oposición y la simetría, y trabajados en sus cuatro caras. Junto con las estelas se utilizan trompetas e incensarios. Stanish lo interpreta como estrategia de elites y reflejo de una ideología panregional. Las estelas aparecen en docenas de sitios alrededor de la cuenca del Titicaca. La economía consiste en la triada fundamental del área: pastoralismo, explotación de los recursos lacustres y agricultura. El intercambio con otras regiones se intensifica, en particular con el área del Cuzco (*Cf.* mapa en Stanish, este número).

El Formativo Tardío se caracteriza por el desarrollo de sociedades altamente jerarquizadas clasificables como jefaturas complejas. Las formaciones mayores son Pucara en el norte y Tiwanaku en el sur, entre 100 y 400 d.C., pero existe una docena y quizás muchos más centros regionales de

formaciones autónomas en toda la región. La cronología para ambos sitios no está del todo aclarada, pero Pucara pudo existir hasta 400 d.C., con un auge entre 200 a.C. y 200 d.C., mientras que sitios relacionados con Chiripa fueron reemplazados por Kalasasaya o Tiwanaku I y II (300 a.C. a 300 d.C.), Qeya (Tiwanaku III) subsiste hasta la parte tardía del siglo VI en Lukurmata. Estos sitios se caracterizan por patios semisubterráneos revestidos más grandes y elaborados que en el Formativo Medio, juntos con recintos y plazas, así como «cerros» artificiales (complejo Kalasasaya), por estelas elaboradas y la producción de cerámica fina, en particular recipientes para el servicio junto con otros «artefactos de elite». Éstos no son sitios urbanos, sino centros regionales primarios, que doblan en dimensiones a los más grandes del Formativo Medio. Esta expansión de sitios se debe, según Stanish, a una estrategia que atrae a la población no agrícola a asentamientos aglutinados, mientras que el resto de la población sigue viviendo en aldeas y caseríos, lo que significa que, a pesar del auge de Pucara y Tiwanaku, hay áreas grandes que no están bajo el control de ellos. Pucara, lamentablemente muy mal documentado, consiste de una concentración de grandes terrazas con patios hundidos de unos 2 km². Estos patios podrían haber servido para fiestas competitivas y sacrificios, como lo documentan 100 mandíbulas humanas excavadas por Kidder. Sin embargo, no es un sitio planificado, sino que puede haber albergado a varias elites que erigieron su arquitectura corporada según los cánones en los centros primarios regionales junto con especialistas traídos de sus «tierras», pero que vivían ahí manteniendo contactos con sus territorios en un área extendida, en la cual también hay evidencia de arquitectura monumental y de estelas de diferentes estilos como lo que sucede también en Tiwanaku, ambos basándose en la tradición Yaya-Mama. Tanto Pucara como Tiwanaku mantuvieron sistemas de intercambio a larga distancia tanto en la vertiente occidental como en la oriental. Su éxito, al parecer, se basa en la proximidad a áreas de camellones, ubicación junto a un río mayor, proximidad a grandes áreas de pastos para camélidos, acceso directo al lago, así como acceso libre a las rutas de intercambio a distancia. Este intercambio sustenta las necesidades de la elite, como pieles de jaguar o tigrillo, oro y coca en intercambio con cerámica, tejidos y objetos áureos. Si bien no existe evidencia de conflictos generalizados, hay indicios de conflictos entre elites, lo cual se manifiesta en el arte en forma de cabezas-trofeo que no aparecen antes del Formativo Tardío.

Pucara parece haber sufrido su ocaso mucho antes de la emergencia de Tiwanaku como estado expansivo, probablemente a causa de una sequía fuerte y problemas económicos de la elite. Stanish define los territorios de estados expansivos como extendidos con grupos étnicos y políticos numerosos, cuyas relaciones con un centro varían considerablemente. Por ello propone una geografía política que se define a partir de la distancia del centro que es el territorio nuclear alrededor del asentamiento principal y, a la vez, territorio ancestral del linaje principal del grupo étnico de la formación política anterior. En el caso de Tiwanaku, se trata de un área de un radio de aproximadamente 25 kilómetros. Luego viene el área central, el territorio de linajes aliados y jefaturas vecinas de estados incorporados tempranamente en el proceso expansivo; para Tiwanaku se trata de unos 300.000 a 400.000 km². Territorios provinciales son áreas conquistadas o aliadas de maneras diferentes al territorio nuclear. Por último, existe la periferia que está fuera del control directo del estado, pero que resulta importante para estados arcaicos en cuanto a sus relaciones de intercambio en sus diferentes facetas.

Tiwanaku mismo se constituye como capital urbana planificada, con unos 4 a 6 km² de extensión, que sirve como representación arquitectónica del poder del estado. Su zona monumental, construida en un periodo corto durante los siglos VIII y IX d.C., tiene funciones de residencia y sitio de ejecución de ritos políticos y religiosos de la elite. Las estelas en los recintos representan también las «huacas» capturadas. La dimensión total es difícil de estimar, pero puede alcanzar todo el valle por la densidad de asentamientos cercanos en un área de unos 20 km². ¿Cuáles son los criterios para definir la relación con Tiwanaku de sitios fuera del valle de Tiwanaku?, ¿se trata de asentamientos autónomos que copian la iconografía de Tiwanaku, sus colonias o lugares dentro de una red de

intercambio? En el curso de la historia de la ciudad de Tiwanaku pudieron haberse dado todas estas funciones de manera sucesiva. Existen las siguientes posibilidades: a) no existe relación alguna con Tiwanaku, b) puede haber tenido contactos de intercambio, sin pertenecer a la órbita de Tiwanaku, c) la elite forma parte de la de Tiwanaku por tratarse de miembros de la jerarquía de estilo o a través de un parentesco ficticio y d) una parte sustancial o toda la población proviene de Tiwanaku como colonos. En la primera opción no se espera tener material reconocible como de Tiwanaku, en la segunda existen bienes de status alto en poca cantidad. En el caso de una colonia, el tipo de la arquitectura doméstica debería corresponder a la del centro, con una cantidad significativa de cerámica fina tiwanaku que refleje filiación con algunos aspectos de las creencias políticas de Tiwanaku y una relación política quizá más formal. No debería existir cerámica fina de otros estilos, lo cual es muy importante en la cuenca del Titicaca. Además, debería corresponder a los cánones arquitectónicos de Tiwanaku.

A 13 kilómetros al norte de Tiwanaku, en el valle de Katari, se ubica Lukurmata, otro centro enorme de más de 150 hectáreas de extensión. Cuenta con la presencia de algunas estelas en el estilo de Tiwanaku, lo cual enfatiza su importancia, ya que las estelas se concentran en Tiwanaku y aparecen en muy pocos sitios fuera del centro, lo cual difiere marcadamente de su distribución anterior. Su extensión extraordinaria se manifiesta en comparación con los demás centros del área nuclear, que no suelen exceder las 20 hectáreas. Centros en el área nuclear —como Ojje, Similake, Palermo y otros— suelen tener patios semisubterráneos y, a veces, estructuras piramidales al lado de cerámica tiwanaku. Los territorios provinciales más cercanos se ubican en la parte norte del lago Titicaca y sus islas en Puno⁷, luego Paucarcolla, Juliaca, Taraco y Saman, así como Omasuyo en el este (Cf. Stanish, este número, Fig. 6). Colonias más distantes son Cochabamba en el sur, según Stanish un enclave directo del estado, Larecajas y Muñecas, con alta frecuencia de cerámica tiwanaku sin la de otros estilos, lo cual parece reflejar control. Evidencias tiwanaku también aparecen en Arequipa y en los valles de Caplina, Lluta, Sama, Locumba y Azapa, cuyas relaciones con el área nuclear son menos claras que Moquegua, que parece haber sido un enclave colonial. San Pedro de Atacama es un ejemplo destacado de la periferia.

Con ello, Stanish entiende la expansión tiwanaku como selectiva, con mecanismos marcadamente distintos a los empleados por los incas. Como tal, se basa en una formación política poderosa que emerge en el siglo II d.C., inicia la expansión en 600 d.C., culmina en 800 d.C. y hacia alrededor de 900 d.C. declina como poder regional. Su poder se basa en la capacidad de incorporar otros sistemas políticos, así como movilizar el trabajo a una escala mayor, tanto en su territorio central como en algunos enclaves. Su economía se basa en la agricultura en camellones y de secano, la crianza de camélidos, la explotación de recursos lacustres y la producción de bienes, así como el intercambio a gran escala y relaciones de colonaje a través de los Andes surcentrales. Su control fue heterogéneo y no contiguo. La selectividad de enclaves corresponde a criterios específicos. Los sitios principales norteños están ligados a un sistema de caminos, los otros están cerca de agua permanente y áreas de camellones. Todos los demás parecen estar fuera de control directo. Si bien se desconoce los medios directos de la incorporación de sistemas políticos ajenos, no se descarta la fuerza militar (iconografía de cabezas-trofeo, «captura» de estelas, etc.). La distribución de la cerámica típica de Tiwanaku en otros ambientes corresponde de manera funcional a recipientes para el servicio ritualizado (banquetes), así como para ofrendas, funciones que quizás se mantenían en las provincias.

Pasando a Huari, y aceptando su carácter de estado expansivo, habría que preguntarse cuáles serían los criterios comparativos en relación al modelo de Stanish. ¿Es el imperio Huari diferente en esencia en sus mecanismos de expansión, su base económica y su política?, ¿se encuentra más cerca a lo que caracteriza el Estado Inca? Quizá el intento más explícito de tratar este tema es el libro de Schreiber (1992). La autora distingue también entre la política del área central y la

de las provincias, y señala que el crecimiento de la capital, la construcción de arquitectura pública y el desarrollo de estilos propios podría señalar una creciente estratificación social y la cristalización de elites. La distribución de estos estilos podría indicar el territorio central. En la perspectiva regional, la jerarquía estatal puede reflejarse en los tamaños y tipos de sitios dentro una jerarquía; ésta debe darse en fases expansivas con previa consolidación en el área central. Relaciones con áreas más distantes dependen de la densidad de evidencias foráneas en el centro. Estas interrelaciones de intercambio pueden estar o no estar vinculadas a cambios económicos en las provincias. Otro mecanismo de control sería la conquista militar, con las evidencias respectivas —fortificaciones, armas, lesiones en restos humanos, etc.— aunque también pueden ocurrir antes de la expansión o como eventos no relacionados. El problema más grave es la dificultad de fechar estos eventos debidamente (véase arriba).

En cuanto a los territorios fuera del área central, distingue entre la periferia interna (estados dependientes) y externa, así como las relaciones entre estas dos periferias. De manera evidente, estas relaciones son dinámicas y suelen cambiar con el tiempo. Los mecanismos de control responden a estos cambios y pueden ser directos o indirectos. El control territorial directo suele ser costoso, como lo es el reemplazo de las elites locales, por lo cual formas indirectas suelen ser preferibles. Schreiber propone diferentes estrategias como colaboración, mediación con las elites locales, así como consolidación y administración burocrática, lo cual también depende de la complejidad de las sociedades involucradas. Arqueológicamente, estas estrategias se reflejan en estilos de arquitectura y conjuntos de artefactos que son foráneos en el ámbito local, por lo cual éste último requiere una definición precisa también, tanto antes de la intrusión como durante y después de ella.

El área central de Huari, según Schreiber, corresponde básicamente a la cuenca del río Cachi y concuerda con la distribución de elementos típicos de uno (¿o varios?) sistemas políticos denominados Huarpa, poco definidos por sus contextos arqueológicos. Comprende un área que colinda en el norte con el río Mantaro y se extiende por unos 60 a 65 kilómetros al sur, con un ancho máximo de unos 20 kilómetros, ubicándose el núcleo huari en la margen oriental de la parte central. Centros mayores tienden a concentrarse en la cercanía de Huari en el Horizonte Medio 2, con el sitio más importante, Conchopata, a unos 10 kilómetros al sur de Huari. Tanto los estilos de cerámica como los conjuntos arquitectónicos de forma rectangular rodeados por galerías (grupo-patio), a los que se pueden agregar los conjuntos en forma de «D», más recientemente reconocidos, aparecen desde Cajamarca en el norte hasta Cerro Baúl en el sur (Cf. Schreiber 1992: Fig. 3.7), diseminados en la sierra, mientras que las evidencias arquitectónicas respectivas son evasivas en la costa. Según Schreiber, esta distribución concuerda con una zona que ella llama puna sierra, y no aparece ni en el altiplano ni en el páramo (siendo Cajamarca y Cuzco los límites respectivos), así como en regiones que permiten la explotación de ecozonas verticales.

Los trabajos de Schreiber en un pequeño valle, Carhuarazo, le sirven para demostrar la inclusión de una sociedad poco estructurada de agricultores en el sistema imperial por medio de la construcción de Jincamocco, que corresponde de manera clara a cánones arquitectónicos huari y es interpretado como centro administrativo.

En resumen, en la visión de Schreiber, Huari fue un imperio que funcionaba con lo que ella llama un «mosaico de control», que difiere del imperio de los incas por su carácter más selectivo, con preferencias en una zona ecológica específica y control sólo indirecto sobre la costa. Si bien es consciente de la impresión de «bolsones» desconectados de la presencia de evidencias huari, sugiere que puede haber otro tipo de mecanismo de control que no dejó rasgos materiales o que no han sido definidos por el conocimiento bastante deficiente que caracteriza muchas zonas dentro del ámbito huari.

2a. Identidad, etnicidad y elite

En las narrativas de Stanish y Schreiber se percibe de manera clara que los actores principales y responsables para los cambios políticos son individuos diferenciados de la población común por una serie de expresiones materiales, los que se circunscriben con el término poco preciso de elite. En otras palabras, si se quiere «entender la aparición y la constitución de los estados prehispánicos tenemos que ocuparnos de la identidad social y su diversidad» (Janusek 2002: 35). Refiriéndose a Tiwanaku, Janusek postula que ciertas clases de recipientes son elementales como expresión de status social y de la identidad grupal, y reflejan afinidades sociales tanto de barrios urbanos como regiones no urbanas. En la sociedad tiwanaku, los patrones materiales representan dimensiones múltiples de conciencia práctica y de actividad social, de modo que la identidad grupal es fundamental para entender los parámetros sociales en su formación y su mantenimiento. Janusek define identidad social como filiación con ciertos grupos de individuos en relación a otros basada en historia, lugar, ancestralidad, ocupación, prácticas rituales, género o símbolos compartidos (Janusek 2002: 36-37). Identidad étnica es una forma específica de identificación caracterizada por extensas «comunidades imaginarias» que interactúan en un sistema político o red de interacción compartidos. Basado en sus excavaciones en Tiwanaku, reconoce límites sociales en forma de habitantes de conjuntos residenciales como grupos corporados similares al ayllu moderno. Los líderes estatales, por ende, adoptan estrategias de incorporación más que de transformación o de tipo territorial de integración. Para fomentar la integración de la diversidad, ellos promueven ideologías prestigiosas y convincentes, visibles en el paisaje urbano y en la vida cotidiana. También existe la obligación recíproca entre líderes y sociedad, expresada en la abundancia de recipientes de servicio que involucran rituales elaborados de consumo, dramatizados en ambientes festivos en todos los niveles de la sociedad.

¿Cómo se pueden visualizar estas identidades de una manera algo más precisa, más allá de los marcos referenciales construidos y los objetos involucrados? En la discusión sobre el carácter de las sociedades y de los estados de Tiwanaku y Huari sorprende la evasión de un gran conjunto de evidencias que ofrece evidencias relacionadas. Ya se hizo referencia a la gran cantidad de contextos funerarios, los que suelen estar presentes tanto en contextos urbanos como en centros de diferentes complejidades, pero sólo se les considera si falta la arquitectura monumental. En otras palabras, ofrecen una cobertura mucho más completa que la que se le concede en los análisis de patrones de asentamiento o los estudios urbanos en particular. Además de ello, la cerámica, tan ubicua en todas las discusiones, aparentemente forma una parte significativa en los contextos funerarios también. Como queda claro en los casos costeños del Perú y del norte de Chile, así como en algunos casos de la sierra, con excelentes condiciones de conservación, muchos objetos cruciales para la definición de identidad como vestimenta, adornos y parafernalia — con frecuencia no conservados en otros contextos— no sólo están presentes, sino que están asociados a individuos específicos. Debido a que estos contextos suelen aparecer en grupos, podrían definirse también grupos regionales en un afán de contribuir a definiciones de etnicidad.

Sin posibilidad de profundizar en el tema, se ofrecen a continuación algunas observaciones algo sueltas. Como ya queda mencionado, una de las formas predominantes de las estructuras funerarias es el pozo circular o troncocónico, revestido con piedras y con una cobertura de lajas. Esta estructura tiene una distribución muy amplia desde el norte de Chile hasta la sierra central del Perú, incluyendo las áreas centrales de Huari y de Tiwanaku. En Moquegua se trata de una introducción foránea, ya que las estructuras más tempranas distintas de Huaracane (y Alto Ramírez en Chile) se caracterizan por rasgos muy diferentes. Por ende, esta forma no es un elemento generalizado sin mayor distinción relacionado, sino probablemente uno de los elementos característicos del Horizonte Medio. Las descripciones poco precisas, sobre todo en cuanto a sus elementos y técnicas constructivos, su relación con el paisaje construido y/o natural, y su variabilidad interna y externa, no permiten precisar este fenómeno de manera debida. Su importancia, sin embargo, queda manifiesta

en el hecho de que se trata de la misma forma, más elaborada y grande, en las estructuras principales dentro de complejos funerarios grandes como en Moraduchayoq, en el mismo sitio de Huari, y en Batan Urqo de Huaro, Cuzco (Zapata 1997). Por otro lado, la arquitectura funeraria incluye construcciones complejas, con el uso profuso de lajas en formas de cámaras, nichos, etc., tanto en Huari como en Tiwanaku. Isbell reconoció recientemente (número anterior) la importancia de la tipología funeraria, así como su gran variabilidad en Conchopata. En este sentido, la tipología de arquitectura funeraria, de gran complejidad en los Andes Centrales, debería ser una tarea importante de la arqueología comparada, pese al estado saqueado en el cual se encuentra la mayoría de las estructuras.

En los contextos intactos y bien conservados, el individuo se presenta con su vestimenta, peinado, tocado, adornos y su forma de llevarlos, así como tipos de deformación craneana u otras patologías relacionadas. Todos estos elementos ofrecen el potencial de definir lo que suele llamarse traje con sus diferencias sexuales, etarias y de status social. Oakland (1992) ha analizado un número relevante de contextos de San Pedro de Atacama —de la fase Coyo (700-1000 d.C.)— aunque sus resultados son difíciles de evaluar, ya que no presenta todos los datos y se concentra en los tejidos. Soto-Heim (1987) analizó contextos de Cabuza, Sobraya y Chiribaya, del norte de Chile, y se concentra en los peinados, los que, en el periodo Tiwanaku, son «altamente sofisticados, apareciendo múltiples trenzas, generalmente a partir de una separación del pelo en sentido sagital, que abarcan todo el contorno de la cabeza; estas trenzas frecuentemente se unen formando una más gruesa a cada lado de la cabeza o una sola a la espalda» (Soto-Heim 1987: 144-145, 157-165, Láms. X, XI). Estas trenzas aparecen tanto en hombres como mujeres. En la costa central del Perú, en Ancón, se encontraron pelucas de pelo humano con trenzas (Cf. Kaulicke 1997: Figs. 16-18, 34); otras existen en la costa norcentral y norte, con frecuencia con terminaciones en forma de *quillcas* (Kaulicke 2000: 15-16), lo cual las relaciona quizá con conceptos de tiempo.

Las famosas estelas o estatuas antropomorfas de Tiwanaku también parecen llevar trenzas (Posnansky 1945, II: Figs. 99-102, 103-104, 110, 113, 113a, 115-116, 118, 126, 133), normalmente en la parte posterior de la cabeza en dos grupos simétricos, y en número de ocho, 14 o 16; a veces también hay, además, otras laterales. En el caso de la «Cabeza Gigante» también parece llevar barba (¿en trenzas?) y bigotes (Posnansky 1945, II: Fig. 133). Su vestimenta es bastante uniforme, con cintas cefálicas o una especie de turbante, camisetas, correas anchas y una especie de faldellín, representado como un pantalón. Tocados, sobre todo una especie de gorros tejidos con cuatro puntas, se han encontrado tanto en el norte de Chile como en la costa surcentral del Perú.

Las estatuas menos conocidas del sitio de Huari (Lumbreras 1974: Láms. 69-74) llevan turbantes parecidos a los de Tiwanaku, así como vestimenta larga con cinturón. En las ilustraciones publicadas es difícil determinar si llevan trenzas o no.

Estas estelas o estatuas pueden ser representaciones de altos miembros de la elite, no sólo por su configuración antropomorfa, de modo probable correspondiente a trajes ceremoniales reales, sino también por su ubicación en las zonas ritualmente significativas.⁸ En analogía con las estelas maya (Cf. Stuart 1996: 165-166), la estela⁹ podría entenderse como la persona del rey, con frecuencia disfrazado de dios en estado perpetuo de acción ritual, como una especie de ritual convertido en piedra. En las ciudades mayas, estas estelas se ubican en espacios rituales muy significativos, de modo que la estela reemplaza al gobernante. Además de ello, los gobernantes incorporaban el tiempo, uno de los principios básicos de la realeza divina. En este sentido, la posible ubicación de las estelas de acuerdo a puntos cardinales o puntos resaltados en el paisaje, así como en lugares ritualmente centrales —lo cual parece darse en Tiwanaku— podría ser un fenómeno relacionado. Aun los recipientes de piedra o «altares» mayas, asociados con las estelas, podrían tener su contraparte en los receptáculos encontrados junto a algunas estelas (véase arriba).

Un problema parecido con la definición de persona está representado en forma de ceramios. Para explicarlo es necesario tratar primero las piezas de otro estilo, el mochica de la costa norte del Perú. En un trabajo reciente, Donnan (2001) examina los famosos huaco-retratos como adelanto a un trabajo más extenso que está por publicarse. Se trata de caras hechas en molde con facciones altamente realistas, de modo que parece tratarse de individuos específicos o personas que corresponden a las fases estilísticas Moche III y IV, aproximadamente siglos V y VI d.C. La cara, por ende, permanece inalterada salvo por pintura facial y por tocados agregados de manera posterior. Algunos de estos personajes aparecen en diferentes estados de edad, pero también en diversas actividades, entre las que figuran la de una víctima que está por sacrificarse. Estas facetas aparecen en vasijas en las cuales sólo la cara del gollete está hecha en molde con facciones. Estas piezas suelen aparecer en contextos funerarios y a veces tienen su contraparte en forma de un cráneo o esqueleto humano. Bourget (2001: Figs. 17, 20) ilustra dos caras de alrededor de 50 efigies antropomorfas de personajes desnudos y sentados, excavadas en la Huaca de la Luna. Estaban hechas de barro crudo y quebradas de modo intencional en asociación con, al menos, 70 individuos sacrificados en diferentes eventos. Estas caras muestran marcadas diferencias fisionómicas (lamentablemente son las únicas publicadas hasta ahora), lo cual permite pensar en representaciones de personas, siendo la cara la parte más realista del cuerpo (Bourget 2001: Fig. 8). Esta relación entre individuos reales sacrificados y efigies en posición característica previa a su ejecución es tan significativa como el desmembramiento de los cuerpos y la destrucción de las efigies. Como el sacrificio, al parecer, tiene el objetivo de extraer la sangre, el cuerpo humano parece estar concebido como una especie de recipiente. Vasijas-efigie en forma de personajes sentados desnudos y amarrados son asociaciones muy frecuentes en los contextos funerarios; el propio cráneo humano parece haber sido usado como recipiente para líquidos (Verano 2001: Fig. 8.4). Parece, por ende, que se trata de elementos dentro de imaginados banquetes de los ancestros, dependientes de la sangre humana tanto como los vivos dependen de la bebida, la chicha. Este afán del retrato o de la captación fiel de la persona quizá está relacionado con lo que se discutió en relación con las estelas —la perpetuación del rito—; en este caso, con probabilidad, de ritos específicos o el sacrificio de personas específicas y, por tanto, su repetición permanente o cíclica. Involucrada también está la noción de la regeneración y de la conversión en ancestro (Cf. Kaulicke 2000).

Esta discusión, algo larga, se relaciona con un hecho poco resaltado hasta ahora: la gran profusión de retratos humanos en la cerámica del Horizonte Medio, tanto en estilos relacionados con Huari como con Tiwanaku. Con frecuencia, se trata de cántaros con cara-gollete, pero también existen efigies en forma de cabezas humanas (Cf. Kaulicke, número anterior, Figs. 23, 24 [estilo Pachacamac A], al parecer relacionadas con versiones felinizadas [¿transformación en ancestros?], Kaulicke, número anterior: Figs. 21, 22). Si bien no suelen alcanzar el realismo de las representaciones mochica, existe el famoso «huaco-retrato», excavado por Ponce Sanginés (1981: Fig. 84), que fue encontrado encima de una pequeña cista que contenía un cráneo humano, interpretado como cabeza-trofeo (Ponce Sanginés 1981: Fig. 86). Berenguer (2000) ilustra muchos otros «huaco-retratos» de diferentes estilos de Tiwanaku, dentro y fuera del centro, que se relacionan formalmente (¿y funcionalmente?) con el kero, la forma emblemática del recipiente ritual, usado hasta en ceremonias actuales.

En este contexto, es importante volver sobre las ofrendas de Conchopata. Varios de los recipientes gigantes de la Ofrenda 1977 llevan golletes con cara (Cf. Isbell, número anterior, Fig. 13; Cook 1984). En este caso se trata de una cabeza realista, mientras que el cuerpo no señala rasgos antropomorfos. ¿No se esconden conceptos de persona y de la muerte parecidos a los de Huaca de la Luna? Parece que se trata de conceptos de estados de la persona cuya relación con la muerte no sólo se manifiesta con el sacrificio tanto real —de individuos o personas específicas— como el figurado —el sacrificio de la efigie—, sino también el que es producido por el consumo de bebidas tóxicas que pueden haber contenido *Anadenanthera colubrina* (Cf. Knobloch, número anterior, Fig. 12), una planta también usada para el consumo por medio de las tabletas de rapé

del ámbito tiwanaku. Las imágenes de dioses en la vestimenta de las efigies de cerámica y de piedra (estelas de Tiwanaku), en este caso, significarían una identificación con estos seres numinosos en el estado de embriaguez, una especie de muerte temporal que permite la transformación o el contacto con estos seres, como lo permite la muerte «real». Estos estados también están señalizados por la pintura facial —con probabilidad junto con vestidos, tocados y adornos—, que puede cambiar de acuerdo a situaciones sociales como en el caso de la sociedad mochica (por lo que no se trata de tatuajes). Ejemplos muy ilustrativos existen en forma escultórica y pintada en las ofrendas excavadas hace poco en Conchopata (Cf. número anterior, aportes de Cook; Isbell; Ochatoma y Cabrera; Ochatoma y Cabrera 2001, 2002). Personajes con vestidos largos, diferentes tocados y pintura facial, a veces muy complicada, están representados en posturas que sugieren un carácter militar a Ochatoma y Cabrera, lo cual, efectivamente, podría ser otra faceta, enfatizada por la elite, aunque el contexto general parece ubicarse más en paisajes míticos. Aspectos relacionados con la definición de persona están tratados recientemente por Knobloch en una *webpage*.¹⁰ Cook (1992, 2001) ha analizado los conjuntos de efigies en miniatura, hechos de turquesa, provenientes de Pikillaqta en el afán de definir diferencias de rango a través de un estudio de la indumentaria.

Con ello, parece posible poder definir mejor conceptos de elite, sus funciones y sus definiciones sociales, como persona y como grupo frente a otros, aunque trascienden conceptos compartidos lo cual, en su conjunto, abre perspectivas fascinantes para estudios futuros.

2b. Urbanismo y territorialidad

Si existe una diferencia fundamental entre los estados de Tiwanaku y de Huari, lo es el urbanismo. Tiwanaku, como lo enfatiza Stanish en su trabajo presentado, es el único lugar de los Andes surcentrales en el cual se ha desarrollado un verdadero urbanismo planificado. Su expansión, por tanto, se dirige a espacios poco estructurados, para los cuales la arquitectura parece haber dejado evidencias bastante efímeras, sobre todo en el caso de Chile. Huari, en cambio, se enfrentó a un espacio que históricamente evidencia un mosaico mucho más complejo, con una serie de zonas donde existieron centros urbanos con anterioridad al lado de otros menos estructurados. Sin el afán de entrar en discusiones o definiciones clasificatorias de lo que se puede entender por centro urbano, ciudad, etc., se impone la necesidad de discutir las evidencias disponibles con el fin de tratar de establecer lo que se podría llamar «tradiciones urbanas». Estas evidencias, sin embargo, son poco precisas. Los planos de Tiwanaku, tanto en este número como en otras publicaciones respectivas, son tan imprecisos que lo que Posnansky midió hace muchos años atrás aún sirve de base. Incluso los trabajos recientes en el centro monumental no han llevado a un levantamiento preciso que descarte las reconstrucciones a veces algo arbitrarias de la forma en la que se presenta en la actualidad. De esta manera, las zonas residenciales con estructuras más definidas (Cf. Janusek, este número), como las más efímeras de la periferia, no aparecen en estos planos. Las dimensiones calculadas no están precisadas tampoco, de manera que los cálculos emitidos se basan en criterios no controlables. Esta situación, de manera evidente, permite interpretaciones divergentes. Antes de contar con excavaciones en mayor escala destinadas a la definición del casco urbano y su organización interna, comparaciones con otros sitios padecen de criterios convincentes. Si bien no se quiere argüir en contra de las interpretaciones actuales y del carácter de ciudad —enfatizado por Stanish y otros— conviene estar consciente de esta deficiencia contraproducente.

En Huari, la situación no es muy diferente. Si hasta ahora no aparece un centro definido como en el caso de Tiwanaku, no quiere decir que éste no haya existido. A diferencia de Tiwanaku, la condición actual del sitio muestra la presencia de muchos montículos que parecen esconder arquitectura definida, monumental o no monumental, al lado de los pocos sectores excavados. Esta organización interna, interpretada por Stanish y otros como una especie de representación del mundo, implica necesariamente una noción de orden espacial con un «centro del centro», el cual

aparentemente puede sufrir modificaciones en su historia. Los incas tenían el afán de convertir Cuzco en un microcosmos que no sólo implicaba la ciudad, sino también su entorno. Este cosmos requería aún el traslado de individuos de otras sociedades, plantas y animales de todo el imperio para «completarlo». La escasez de excavaciones en área, tanto en Tiwanaku como en Huari, también limita la posibilidad de entender a cabalidad la lógica de su desarrollo y, por lo tanto, la temporalidad del centro. Tanto Tiwanaku como Huari se perciben como una especie de fosilización de estados imaginarios permanentes e inalterados.

Sin poder discutir evidencias de urbanismo en otras zonas cronológica y quizá políticamente relacionadas con Huari y, en extensión, con Tiwanaku, aquí se presentan algunos aspectos básicos.

La costa norte del Perú es el escenario de complejos desarrollos sociopolíticos, con la presencia de nucleaciones de carácter urbano aun con anterioridad a las formaciones políticas mochicas. Pese a ello, hay una cierta predisposición para atribuir la presencia de ciudades al impacto directo o indirecto de Huari. Estos argumentos dependen de la precisión cronológica, del conocimiento de características urbanas anteriores a posibles «influencias» huari y de una definición precisa de los posibles cambios en relación con la situación previa, así como la detección de lo que definitivamente se «debe» a Huari. Estos prerequisites, sin embargo, no se conocen a cabalidad. Esto se debe a la escasez de planos detallados de una serie de asentamientos grandes, a la escasa definición de su historia (el último estadio, con frecuencia contemporáneo con Huari, es el más representativo ya que los anteriores requieren excavaciones extensas) y, por tanto, un conocimiento deficiente de la variabilidad de diseños urbanísticos en el territorio cubierto por ellos. Las excavaciones, en general, son indispensables para poder llegar al *corpus* de datos requeridos para definir el carácter urbano y sus características. Tampoco existen estudios de patrones de asentamientos que permitan insertar los centros dentro de situaciones políticas que involucraban partes de un valle, un valle o diferentes valles en conjunto.

Dillehay (2001: 265) ha ubicado un total de 412 sitios moche en los valles de Zaña y Jequetepeque. Distingue entre centros grandes, entre 50 y 80 hectáreas (Pacatnamú, San José de Moro, Cerro Corvacho y Cerro Songoy, entre otros), centros intermedios (de 20 a 40 hectáreas) y pequeñas aldeas y caseríos (Dillehay 2001: 265-266). Ninguno de ellos cuenta con planos disponibles. Existen lo que Dillehay llama «*huaca communities*», con una o dos plataformas principales y otras ciudades grandes o intermediarias, con muros de circunvalación con o sin evidencias de organización planificada interna, así como sitios fortificados importantes. A la primera categoría pertenecen el complejo Huaca del Sol y Huaca de la Luna, las que consisten en dos grandes plataformas, una colindante con el río y otra al pie de un cerro cónico. El asentamiento urbano se encuentra entre estas construcciones; su extensión total se desconoce, ya que se ha excavado una parte todavía pequeña (Chapdelaine 2001). Estas excavaciones, tanto en el sector urbano como en la Huaca de la Luna, han revelado evidencias de secuencias constructivas que abarcan varios siglos. Chapdelaine (2001: 69) interpreta la zona urbana como ciudad bien planificada con un complejo de calles, plazas, áreas residenciales, talleres y canales de agua. Las construcciones se caracterizan por grandes recintos amurallados con accesos restringidos que encierran estructuras multifuncionales de residencia, producción (talleres de alfarería, procesamiento de metales, elaboración de chicha, de tejidos, presencia de pescadores y de criaderos de camélidos) y almacenamiento como probable reflejo de la existencia de grupos corporados. La población común parece haber vivido en la periferia —una zona no estudiada aún—; la mayoría de las edificaciones pueden haber albergado a la «clase media», mientras que la «clase alta» parece haber tenido su sede al pie de la Huaca de la Luna, donde también fueron enterrados (Gutiérrez 2002). Aún no se han encontrado contextos funerarios tan espectaculares como los de Sipán (Alva 2001), donde se carece de la información de áreas residenciales o «palacios» por completo, lo cual, de manera evidente, se debe a la falta de investigaciones

correspondientes (Cf. Shimada 1994: 83-84, Fig. 4.14). Por ello, es de esperar que los miembros más importantes del complejo Moche con probabilidad vivieron y se enterraron en otra parte quizá involucrando la poco estudiada Huaca del Sol.

El único centro mayor estudiado más a fondo es Pampa Grande, en el valle de Lambayeque, que por los fechados radiocarbónicos es al menos parcialmente contemporáneo con Huaca del Sol y Huaca de la Luna (Shimada 1994, 2001). Es un asentamiento grande, aproximadamente de 6 km² (Cf. arriba, cálculos para Huari y Tiwanaku). Está dominado por una enorme plataforma en su centro, Huaca Fortaleza, y otras menores están alineadas en ejes, dentro de recintos grandes (600 por 400 metros en el caso de la Huaca Fortaleza, Shimada 1994: Figs. 6.4, 7.11, Table 1). Como el centro urbano del complejo Moche, tiene conjuntos amurallados con accesos restringidos, organizados y separados por corredores y calles, así como agrupamientos de estructuras pequeñas fuera de los muros perimetrales. Hay amplia evidencia de talleres de procesamiento de algodón en asociación a áreas residenciales, de *Spondylus*, metal y cerámica, así como actividades interrelacionadas («*inter- and multicraft interaction and production*»), fuera de la producción de comida y bebida (chicha). No está muy claro dónde y cómo vivían los gobernantes y dónde se enterraron (no se encontraron contextos funerarios, tal como en en Huaca de la Luna y otros centros).

Un último caso sería Galindo, otro asentamiento muy grande de alrededor de 6 km² (Bawden 2001), también en el valle de Moche. Por sus fechados radiocarbónicos, también podría ser contemporáneo con Pampa Grande y Huaca de la Luna, pero carece de una plataforma grande. Tiene varios recintos grandes, llamados cercaduras, que contienen patios, terrazas con rampas y evidencias de status alto. Otros recintos son menores y existen muchas estructuras residenciales de status bajo. En Galindo también se encuentran muchos contextos funerarios, con un montículo funerario dentro de un palacio.

Los tres sitios presentados fueron interpretados como capitales sucesivas, aunque los fechados radiocarbónicos, ciertamente poco concluyentes, no excluyen su contemporaneidad al menos parcial. Muy interesante es el hecho de que los tres difieren también en los estilos cerámicos, mientras que estilos foráneos, como los de Huari, no aparecen durante su funcionamiento, aunque también pueden ocurrir en forma contemporánea. Estas diferencias señaladas no apoyan una supuesta presencia de megaestados, sino más bien una fragmentación política, lo que está enfatizado por Dillehay (2001) para la zona de Zaña y Jequetepeque, entre Lambayeque y Moche (para una discusión más amplia Cf. Kaulicke 2000). Dillehay también se lamenta del poco interés en la definición de lo que son los centros menores y, en particular, los sitios menores (aldeas y caseríos). La *household archaeology* o la definición de unidades domésticas como expresiones de unidades sociales básicas recién está recibiendo algo de atención, aunque básicamente como parte de contextos urbanos (Cf. Van Gijseghem 2001). Esta deficiencia hace que resulte prácticamente imposible determinar territorios políticos y sus límites, así como la naturaleza de sistemas de control del *hinterland* y las organizaciones internas y externas de los asentamientos menores. Cabe resaltar que esta deficiencia no sólo caracteriza la arqueología mochica, sino que es un rasgo general de toda la arqueología en el Perú.

Otro caso con características diferentes está planteado por Wilson (1988). Basándose en su detallado estudio de patrones de asentamiento del valle de Santa, postula la presencia de un sistema político multivalle que comprende los valles de Chicama, Moche, Virú, Chao, Santa, Nepeña, Casma y Huarmey. En Santa, durante su periodo Tanguche Temprano, se percibe una compleja red de caminos a cuyos lados se ubican 440 sitios, así como un sistema de murallas en la margen derecha del río. Esta densidad de sitios sugiere un notable incremento poblacional, pero no existe un centro tan grande como el de Pampa de los Incas, correspondiente al periodo anterior (aproximadamente 2 km²); el mayor es Huaca Jedionda, con unas 40 hectáreas de extensión, pero está

muy densamente ocupado por estructuras en una serie de terrazas y una gran construcción platefórmica (Wilson 1988: Fig. 131). La cerámica consiste en un conjunto de recipientes en los que predomina la decoración moldeada al lado de formas mochicas¹¹, muchos cántaros con cara-gollete, piezas de estilo Cajamarca y otras pocas relacionadas de manera directa con estilos huari.¹² La cerámica Negro, Blanco y Rojo es la más común, según Wilson. Estas características hacen dudar de la existencia de un estado tan extenso y sugiere, en vez de ello, una especie de confederación de estados menores.

En la costa central existe otro ejemplo con características distintas. En el valle del Rímac existe una nucleación asombrosa de sitios enormes con arquitectura monumental de dimensiones extraordinarias (Cf. Kaulicke, número anterior), algunos de ellos con más de 150 hectáreas de extensión y que forman parte del territorio ocupado por la cerámica del estilo Lima; en Lurín se trata de su manifestación tardía llamada Maranga. Si bien existen evidencias esporádicas de diferentes estilos huari relacionadas con las fases más tardías de ocupación, así como recintos extensos asociados a las plataformas grandes, muestra tantos elementos propios que su auge sólo indirectamente se podría atribuir a «influencias» huari. Esto vale también pese a la presencia del estilo Pachacamac, cuyas evidencias relacionadas al Horizonte Medio no se han definido bien en el sitio epónimo.

Sitios con arquitectura monumental como resultado de tradiciones largas también existen en la sierra norte. Para el Periodo Intermedio Temprano y para el Horizonte Medio la documentación es incompleta y poco precisa, de modo que resulta difícil caracterizar de manera debida los centros con arquitectura formalizada y más aún los de menor rango. Parece que hay concentraciones en bolsones y en particular en el valle de Cajamarca, donde recientemente se ha excavado arquitectura formalizada en Baños del Inca, cerca de la ciudad de Cajamarca, en asociación —en dos fases— con cerámica de estilo Floral (S. Watanabe, comunicación personal). Dada la gran difusión de este estilo y sus variantes, sería sumamente conveniente una contextualización más precisa. La situación en Huamachuco —donde Marcahuamachuco alcanza una extensión de 2,4 km²— y el Callejón de Huaylas está presentada en los trabajos de Topic y Topic (número anterior) y Ponte (número anterior). Conviene enfatizar la variedad y elaboración de contextos funerarios, los que reflejan diferentes tradiciones también (Cf. trabajos citados en Isbell 1997). En todo caso queda evidente que estos sitios no constituyen centros urbanos y no son centros de estados territoriales amplios ni en el Periodo Intermedio Temprano ni en el Horizonte Medio.

En la sierra central los trabajos respectivos se limitan básicamente a las décadas de los sesenta y setenta. Browman (1970) ha presentado la visión más coherente de la cuenca de Jauja-Huancayo del río Mantaro. Durante el Periodo Intermedio Temprano existen asentamientos reducidos sobre cerros o sus laderas, con pocas evidencias de ocupación permanente en la cuenca misma. Éstas se caracterizan por plataformas rectangulares, con pisos definidos como base de construcciones ocupadas durante tiempos breves. La base económica sigue patrones anteriores, con énfasis en la cacería y el pastoralismo. Sólo al final del Periodo Intermedio aparecen los primeros asentamientos estables, con estructuras circulares. En el Horizonte Medio, Browman percibe un cambio drástico con una serie de innovaciones: asentamientos mayores con organización ortogonal interna, la aparición de los primeros templos, arquitectura en piedra, almacenamiento en colcas, diferencias en asociaciones funerarias, así como evidencia de especialistas y actividades agrícolas como base de la economía. La del Periodo Intermedio Temprano muestra presencia de estilos huarpa, durante el Horizonte Medio, en cambio, hay evidencias de cerámica del Callejón de Huaylas, de Cajamarca, así como de los estilos Viñaque, Ocros y Pachacamac. De nuevo es dudoso que estos cambios estén ligados con procesos de urbanización, aunque la presencia de «influencias» desde Huari parecen ser masivas, de modo que no se excluye la posibilidad de que se trate de un enclave o, quizá, una colonia (Cf. Kaulicke, número anterior, nota a pie 13).

En la región de Ayacucho, el Periodo Intermedio Temprano no ha recibido mucha atención, de modo que quedan poco claros los antecedentes al urbanismo del complejo huari. Sólo Ñawimpukyo (Leoni, número anterior) fue estudiado de manera más profunda. Originalmente, Lumbreras sugirió que podría tratarse de una capital de un Estado Huarpa. Si bien tiene algunos elementos importantes como recintos grandes y plazas con evidencia de actividades rituales en diferentes fases de construcción —incluyendo evidencias del Horizonte Medio temprano— parece ser un centro ceremonial, aunque no se excluyen otras funciones. Trabajos futuros en este sitio importante podrían servir para aclarar más la formación de los núcleos urbanos como Conchopata y Huari.

Evidencias del Cuzco muestran que Pikillaqta no es el único sitio con presencia huari. Glowacki y McEwan (Glowacki 2002; Zapata 1997; este número) presentan otro más complejo y más grande. Se trata de un conjunto de sitios en el valle de Huaró que cubren un área de unos 9 km². Los diferentes componentes de este complejo muestran la presencia de arquitectura monumental, con evidencias de actividades relacionadas con elites. La cerámica asociada pertenece a los estilos Okros, Chakipampa, Viñaque, Wamanga y otros monócromos. Estas evidencias convierten la zona de Lucre en centro importante y relegan a Pikillaqta a un rol menos destacado o, quizá, algo más tardío que el complejo de Huaró.

La costa sur es una región muy difícil de discutir en este contexto, ya que cuenta con una larga tradición caracterizada por arquitectura monumental y centros, a veces, relativamente grandes, pero la discusión se centró más en la distribución de los estilos de cerámica en vez de caracterizarlos dentro de la lógica de una geografía política. Massey (1986) ha propuesto un modelo para el valle de Ica. Durante el Horizonte Temprano existen pequeños centros regionales rodeados por aldeas pequeñas en la parte media y baja del valle. El sitio más grande es Ánimas Bajas, en la cuenca de Callango, con 60 hectáreas y montículos de hasta 60 metros de largo, con arquitectura de adobe y rampas. Los artefactos asociados, entre ellos objetos exóticos, y presuntos contextos funerarios con cerámica y tejidos finos, así como objetos áureos, sugieren la presencia de elites. Centros algo menores aparecen también en la cuenca de Ocucaje. La base económica parece haber sido la agricultura y la pesca, aunque existen evidencias de producción especializada. Callango parece haber estado en una situación privilegiada frente a los otros centros. En la siguiente fase, Ánimas Bajas es reemplazado por el centro de Ánimas Altas, cuyas evidencias de ocupación y arquitectura se extienden sobre unas 100 hectáreas. Parece haber al menos tres fases constructivas en la arquitectura monumental, con evidencia de murales incisos (véase párrafos inferiores). Es el auge de la cuenca y precede al ocaso y abandono de la cuenca de Callango, quizá como resultado de incursiones militares. En la cuenca de Ocucaje, el sitio de Tajahuana se extiende sobre 1,2 kilómetros y muestra grandes muros de defensa. Massey atribuye el colapso de las formaciones políticas descritas a una intrusión violenta de gente caracterizada por el estilo Topará, cuyo centro parece ser el valle de Pisco, donde existen también asentamientos grandes. El más conocido es Chongos, en el valle de Pisco (Peters 1988), cuya expansión —llamada urbana por la autora— está precedida por un Paracas, llamado Cavernas. Se trata de montículos sobre elevaciones naturales,¹³ complejos cuadrados subdivididos, canchas cuadrangulares, canchas largas y recintos secundarios ubicados sobre un largo de 4 kilómetros, así como grandes complejos de recintos encuadrados en seis sectores, con características muy parecidas a las de los complejos de la cercana Península de Paracas, con sus famosos contextos funerarios (Paracas Necrópolis). En Chíncha, probablemente durante el mismo tiempo, se establecen grandes complejos de construcciones piramidales descritos por Canziani (1992), asociados a asentamientos domésticos menores. En este contexto se desarrolla Cahuachi, en el valle de Nazca, que ha sido estudiado por varios arqueólogos —y más intensivamente por G. Orefici— durante muchos años. Pese a ello, aún no cuentan con la documentación correspondiente que permita entender su organización interna, sus funciones y las causas de su formación y su ocaso. Se trata de un sitio extenso de unas 150 hectáreas, con un centro de 25 hectáreas en el que se ubican unas 40 estructuras piramidales que aprovechan la configuración topográfica del lugar, unidas o enmarcadas con muros. Silverman (1993, plano del sitio en Figs. 2.3 a 2.6) sostiene que se trata de

un centro ceremonial «vacío» y Orefici (1999) parece confirmar esta hipótesis. Este complejo parece estar abandonado hacia el 400 d.C. Massey (1986) interpreta a Topará y Nasca como estados regionales, caracterizados por la producción de estilos muy homogéneos.

Otros sitios importantes del Horizonte Medio, como Pacheco, nunca fueron estudiados y, como en el caso del sitio mencionado, se han destruido en su mayoría (Schreiber, número anterior). Más hacia el sur —incluyendo la zona de Moquegua, con el muy discutido Cerro Baúl— no existen centros urbanos.

Si se quiere resumir lo que se presentó en esta parte, queda claro que el urbanismo no caracteriza todos los Andes Centrales y surcentrales, sino que se trata de fenómenos localizados de relativamente corta duración y de una cierta heterogeneidad interna. La documentación deficiente de los sitios concernientes, sin embargo, por regla no permite definirlos en su totalidad, ya que la arquitectura residencial y doméstica colindante o periférica no suele captarse, salvo en pocas excepciones. Es esta falta de conocimiento que lleva a clasificaciones o tipologías apresuradas. No es sólo la extensión de un sitio lo que lo convierte en centro urbano sino sus características internas, sus centros y periferias, así como su *hinterland*, que se conoce aún menos. De lo que se conoce de la costa norte, de Huari, Tiwanaku y otros centros urbanos, se tiene la impresión de una organización interna en grupos corporados, residencias de elite, zonas de producción especializada, con frecuencia con un centro destacado en forma de plataformas imponentes controlado por la elite, así como evidencias de ejes y lugares que convierten a éstos en centros de una geografía sagrada, como una imagen del mundo. En el caso de Tiwanaku, la conversión del sitio en centro urbano está arraigada en un desarrollo interno de la historia de la cuenca del Titicaca, lo cual es menos evidente en el caso de Huari. Dada la presencia de centros urbanos anteriores, no es de excluir que algunos patrones arquitectónicos sean préstamos de otros sistemas políticos fuera de Ayacucho. Este problema se presenta para los templos en forma de «D» y los conjuntos ortogonales (¿ya existen en el Periodo Intermedio Temprano en Ayacucho?). Si se contempla la distribución de los centros urbanos de la costa central y norte, éstos se ubican a distancias notables del centro urbano de Huari, en el caso de la costa norte, en lo que debería ser la periferia del imperio, en el sentido de Stanish (Cf. arriba). A partir de ello podría ser importante volver al modelo presentado por Stanish y aplicarlo al caso de Huari. ¿Existen colonias cercanas al territorio central, como en la cuenca norte del Titicaca? Esta posibilidad ciertamente existe, como lo muestra el caso presentado por Schreiber para el valle de Sondondo (véase arriba). Por lo expuesto, parece posible que existan colonias algo más extensas; buenos candidatos serían la cuenca del Mantaro —en la zona de Jauja y Huancayo— y la zona del Cuzco, ambas áreas con probables sistemas políticos poco desarrollados anteriormente, pero con un gran potencial agrícola, junto con la presencia de amplias áreas de pastoreo. En ambas también se practicaba el pastoralismo con anterioridad y se ubican relativamente cerca a Huari, entre 200 a 300 kilómetros en línea recta. En el caso de Huaró (véase arriba), se trata de centros más complejos, con evidencias más claras de elite que en Moquegua o los valles chilenos del norte, por lo cual su sistema político era más poderoso, lo que implica la presencia de un territorio propio con centros secundarios, que parecen existir en el caso del Cuzco. El caso de Huancayo carece de evidencias más concretas, pero podría tratarse también de un sistema político más desarrollado de lo que parece en la actualidad.

Los casos del Callejón de Huaylas, Marcahuamachuco y Cajamarca, en cambio, muestran características algo diferentes. Se trata de sistemas políticos, estados o jefaturas complejas, con identidades definidas y centros relativamente grandes antes de la llegada de «influencias» huari y que no se truncan, sino más bien parecen fortalecerse. Como lo sugieren los Topic (número anterior), podría haber existido un intercambio más equitativo, con «préstamos» de ambos lados. El caso de Viracochapampa muestra también que intentos de control más directo no llegaron al éxito deseado.

La relativa ausencia de estilos de cerámica de Huari, evidencias de estilos híbridos y otros foráneos de la costa norcentral y de Cajamarca subrayan un papel menos destacado de Huari en estas zonas. Las distancias marcadas —entre unos 600 kilómetros (Honcopampa) y unos 850 kilómetros (Cajamarca)— corresponderían a lo que Stanish considera la periferia del imperio tiwanaku. Es probable que Huari tampoco haya contado con los medios para establecer un control directo y prolongado de estas áreas (en el caso de Tiwanaku, San Pedro de Atacama correspondería a lo que es la zona cajamarquina). Es muy significativo que Cajamarca tenga un estilo «expansivo» propio que tiene una presencia mayor en las zonas costeras del norte y una presencia marcada en los otros centros, como en el de Marcahuamachuco, Huancayo, el propio Huari y aun más al sur. Este fenómeno implica también facetas económicas y políticas más dinámicas y recíprocas.

La presencia huari en la costa norte, central y sur del Perú no corresponde a un patrón de expansión territorial. En la costa norte, los estados mochicas parecen entrar en una crisis política y económica durante el Horizonte Medio temprano que los lleva al ocaso. Es poco probable que supuestas presiones de un pujante imperio huari sean la causante principal de ella. Es más probable que la presencia de evidencias pertinentes tengan su origen de difusión en Cajamarca, cuyo contacto con Huari fue más estrecho. El caso de la costa central es también problemático, pese a la supuesta presencia fuerte de Pachacamac como fuerza independiente de Huari, pero imbuida del bagaje cultural huari (Cf. Kaulicke, número anterior). Incluso la cercana costa sur no cumple con los requisitos que Stanish establece para una colonia, aunque queda claro que la relación tradicionalmente estrecha entre Ayacucho y los valles entre Chíncha y Nazca debe haber sido intensa también durante el Horizonte Medio.

Con ello, lo que Schreiber llama de modo prudente «mosaico de control» parece ser traducible en una geografía política compleja que no corresponde a una especie de megaestado integrador que cubre territorios inmensos y los uniforma cultural y políticamente. Como en el caso de Tiwanaku, muchas zonas carecen por completo de evidencias huari, mientras que otras sólo cuentan con elementos efímeros pertinentes. Lamentablemente, los datos —concentrados en la monumentalidad de la arquitectura altamente elaborada y la atracción estética de la cerámica de elite— suelen dejar de lado los asentamientos menores y poco vistosos que sustentan estos fenómenos, y que son los que pueden definir mejor una territorialidad política que los puntos en el mapa donde se ubican los centros. La mezcla indistinta de argumentaciones provenientes de la historia del arte, con frecuencia sacadas de material descontextualizado, y las concernientes a la economía y formaciones sociales, más intuitivas que comprobadas, suelen distorsionar y llevar a narrativas ficticias que prohíben un tratamiento apropiado.

En esta discusión queda un último punto por discutir de manera breve, que son las interrelaciones entre formaciones políticas a larga distancia, lo que se llamarán «perspectivas internacionales».

2c. Perspectivas internacionales

Con lo que se ha presentado es evidente que existen interrelaciones entre las formaciones políticas, tanto mayores como menores, que señalan contactos sobre distancias muy amplias, los mismos que esconden mecanismos complejos de interacción. Ni Huari ni Tiwanaku son los únicos centros de innovaciones: ambos se originaron dentro de un panorama complejo en el cual interactuaron. Conviene discutir este conjunto de fenómenos algo más detenidamente, con el afán de contribuir con nuevos enfoques a la discusión.

En primer lugar, queda por discutir el origen del estilo Tiwanaku, tema de innumerables discusiones basadas en argumentos estilísticos. El tema central es el icono de un personaje frontal

que lleva dos báculos, frecuentemente considerado «dios» o, más precisamente, como antecedente del dios Wirakocha, conocido por los incas (Cf. Makowski, este número). Este icono se remonta a periodos pretiwanaku, en particular al estilo lítico de Chavín de Huántar, en forma de la famosa e incorrectamente llamada «Estela Raimondi» (Cf. Burger 1992: Fig. 176). En este sitio de la sierra norte—considerado como uno, o quizá el más importante, de los centros del Horizonte Temprano o Formativo—este icono no parece ser muy popular. Aparece con más frecuencia en contextos funerarios de la costa norte, entre los valles de Lambayeque y Jequetepeque, sobre soportes áureos cuyas formas corresponden a parafernalia de elite, como coronas, orejeras y narigueras (Cf. Burger 1992: Figs. 222, 224, Jones 2001, Fig. 5,6). Otra corona probablemente del valle de Chicama (Larco 1966: 19: Fig. 142), no sólo muestra el personaje frontal, sino también a dos acompañantes de perfil dirigidos hacia él, provistos de elementos ornitomorfos. Las piezas referidas se ubican en el ámbito de la «cultura» Cupisnique y datan entre 600 y 400 a.C.

En la costa sur, en el sitio de Karwa, Bahía de la Independencia, departamento de Ica, numerosos textiles con motivos pintados (Cordy-Collins 1976; Burger 1992: Fig. 207, entre otros), mates pirograbados (Kaulicke 1994: Fig. 437) y cerámica (Burger 1992: Fig. 203) aparecieron en contextos funerarios por desgracia saqueados. Estos contextos, en su conjunto, son tan parecidos estilísticamente a los objetos áureos norteños, los que probablemente contenían tejidos no conservados (para el ejemplo de tejidos norteños, Cf. Burger 1992: Fig. 218), que queda poca duda de que son productos con probabilidad locales y muy fieles a los originales norteños, también en contextos de elite. Al parecer, los personajes frontales se relacionan con la fertilidad agrícola y aparecen en versión masculina y femenina (Cordy-Collins 1976: Figs. 51; Burger 1992: Fig. 207). También aparecen con la cara de perfil (Cordy-Collins 1976: Fig. 59; Burger 1992: Fig. 208). Este último aparece también en tejidos que muestran más afinidad a un estilo Paracas u Ocucaje Temprano (Cf. telas en Burger 1992: Fig. 211; Lavalley y Lang 1988: 33, 35; así como en cerámica, Cf. Menzel *et al.* 1964: Fig. 30a [de Callango, fase 5]).

Cerámica muy parecida a la que, al parecer, se asocia a las telas pintadas también fue encontrada en Ayacucho (Ochatoma 1998), de modo que telas de este tipo, que no se conservan en este lugar, pueden haber llegado con las piezas alfareras. La cerámica llamada Paracas¹⁴ no sólo fue encontrada también en Ayacucho (Lumbreras 1974: Figs. 9, 10), sino que aparece en la costa central, en la cuenca de Huancayo, en Huancavelica y parece haber existido una relación con la costa norte (Cf. Alva 1986: Fig. 140 a), donde las técnicas de decoración típicas de Paracas como la incisión cortante y la pintura poscocción en zonas, así como una serie de aspectos morfológicos, aparecen con anterioridad. Existen algunos indicios que señalan, inclusive, su presencia en la zona del Cuzco. En esta zona, como ya queda mencionado, aparecen también piezas del estilo Pucara y, si bien hay pocas evidencias a favor de contactos con los estilos de Paracas, hay trompetas morfológicamente cercanas a las de Pucara (de Lavalley y Lang 1988: 153, foto de arriba); el extraordinario tejido publicado por Conklin (1985) tiene como procedencia presunta el valle de Ica. Tanto la cerámica del estilo Pucara—con su policromía en campos separados—como algunos motivos y formas, señalan afinidades con la de Paracas. La distribución amplia de la cerámica y de tejidos de Pucara ya fue mencionada.

Este conjunto de evidencias es difícil de explicar, ya que los estudios arqueológicos siguen altamente influenciados por enfoques estilísticos y prospecciones, mientras que las excavaciones siguen siendo muy escasas. Como ya queda mencionado, la cuenca de Callango muestra la existencia de sitios relativamente grandes, con arquitectura monumental; su cerámica y sus tejidos parecen estar ligados a una elite que probablemente usa estos productos para el servicio en banquetes y para sustentar una identidad propia dentro del mundo paracas. No sorprende que sus productos fuesen muy estimados en zonas que carecían de estilos ostentativos como en la sierra surcentral. El

gran prestigio de Callango se nota en la alta distribución de sus productos que llegan hasta Ayacucho,¹⁵ Huancayo, Cañete y otras zonas. Tanto por la distancia como por diferencias cronológicas no parecen haber existido fricciones con Pucara, cuya zona de influencia se ubica también algo más al sur. La amplia distribución de cerámica —y presumiblemente de tejidos, madera, etc.— en la costa y sierra central no necesariamente corresponde a un intercambio generalizado. De modo parcial, podría reflejar la existencia de especialistas a modo de los mindalaes ecuatorianos —una especie de protomindalaes— pero no se puede excluir movimientos de grupos étnicos, pese a que esta explicación suele evitarse en la discusión arqueológica andina. Ésta, sin embargo, se presenta como opción viable en épocas de crisis ambientales —sequías prolongadas o inundaciones— o políticas, sobre todo de la costa a la sierra u otros valles costeros con menor densidad poblacional, pero con presencia de recursos agrícolas necesarios.

Durante Nasca Temprano parece haber un auge poblacional y una cierta nucleación de poder político en el valle de Nazca y en el de Acari. Durante este tiempo, plenamente contemporáneo con Pucara, se nota una expansión hacia el sur, con enclaves en Camaná y, como lo muestra Haeberli (este número), llega hasta el valle de Sihuas. Cardona (2002: 62-65) menciona numerosos sitios con cerámica nasca temprano en Tambo Viejo, Coquimbo, Amato y otros. Los extraordinarios tejidos de Sihuas —para los que Haeberli propone una secuencia desde fines del Horizonte Temprano hasta fines del Periodo intermedio Temprano, estableciendo una tradición propia— sugieren una interacción relativamente estrecha con un Paracas Tardío y, sobre todo, con Nasca. Las evidencias nasca le parecen ser variantes provinciales de los tejidos encontrados en la zona central del estilo Nasca. Atención particular le merece el «Tema de la Cabeza Central» o «Deidad Central», que es de importancia central para las iconografías de Pukara, Huari y Tiwanaku. Este tema, sin embargo, aparece con anterioridad en el ámbito cultural paracas, como tema central en el extraordinario mural de Ánimas Altas de Callango (Massey 1986: 294, Fig. 7.5), posiblemente relacionado también con máscaras de la misma zona y de la misma ubicación cronológica (Cf. Menzel *et al.* 1964: Fig. 43c, también de Ocucaje, Menzel *et al.* 1964: Pl. 9a), así como en máscaras de los fardos funerarios de Ocucaje. También aparece en tejidos más tardíos como el famoso manto de Brooklyn (Kajitani 1982: Fig. 48) y parece haber llegado al área circuntítica con anterioridad a Pukara, ya que aparece en las estelas líticas de la tradición Yaya-Mama.

La extraordinaria complejidad de los contextos funerarios de Sihuas —y, presumiblemente, de otros valles de Arequipa— es difícil de explicar, pero una de las posibilidades podría consistir en la existencia de islas multiétnicas en el sentido propuesto por Murra, con enclaves de la sierra y de la costa más septentrional en un ámbito de cierta independencia política de las zonas centrales.

Antes de pasar al tema de los contactos entre Tiwanaku y Huari, conviene tratar de manera breve el tema de la(s) sociedad(es) mochica(s) de la costa norte del Perú (Cf. arriba). Si bien el área central se ubica entre los valles de Piura y Huarmey, su «área de influencia» es mucho mayor. En varios trabajos, el autor ha señalado la situación muy compleja que se presenta en el límite norteño (Kaulicke 1991; Hocquenghem *et al.* 1993). En las excavaciones de Loma Valverde se encontró cerámica del actual Ecuador (Guangala y probablemente Tolita). Existe un sitio en la sierra colindante, Frías, con objetos metálicos (y probablemente cerámica) estilísticamente tan cercanos al estilo Tolita de la costa norte del Ecuador y sur de Colombia (Tumaco) que su presencia podría entenderse como una especie de *port of trade*. Evidencias de piezas con afinidades estilísticas mochicas en territorio del Ecuador actual también existen, probablemente en la misma zona nuclear de Tolita, a unos 900 kilómetros al norte de Piura. Una interacción estrecha con la zona de Recuay, del Callejón de Huaylas, está relativamente bien documentada y lo que Wilson llama «Estado Negro - Blanco - Rojo» entre Chicama y Huarmey (con probabilidad, más bien, una especie de confederación) se caracteriza por una fusión de elementos iconográficos mochica y huari, tanto en la cerámica como en

tejidos y otros soportes (Cf. Prümers, número anterior). Cerámica híbrida moche-huari llega hasta la costa central (Castillo, número anterior). Knobloch (número anterior) aporta criterios estilísticos convincentes de contactos entre una «interacción» con Moche IV entre las fases 5 y 7. Mucho más sorprendentes, sin embargo, son los objetos de madera de San Pedro de Atacama, analizados por Berenguer (1987), quien especifica la estrecha afinidad con cerámica y objetos de madera mochicas, pese a la distancia (unos 2500 kilómetros). Si bien no puede ofrecer una solución satisfactoria al problema, anota, con razón, que las afinidades son demasiado estrechas como para descartarlas.

Esta enorme área de influencia contrasta con un área central relativamente reducida y aún fragmentada en sistemas políticos, cuyo afán de expansión parece limitarse a zonas muy circunscritas en forma de expansión intravalle e intervale, incluyendo probablemente no más de dos valles (Cf. Kaulicke 2000). Dentro de esta esfera, sin embargo, se observa una mínima presencia de estilos foráneos y una variación en un nivel de estilos muy afines, pero perceptibles y poco definidos hasta la actualidad, lo cual lleva a enfatizar —y quizá exagerar— una unidad de un estilo emblemático altamente atractivo y prestigioso.

El caso del estilo Cajamarca y sus implicancias ya fue tratado arriba. Quizá valga enfatizar que los objetos «exportados» consisten mayormente en platos finos de servicio probablemente usados en fiestas rituales de diferentes elites. Una forma muy especial, de larga tradición regional anterior al Horizonte Medio, son las cucharas de cerámica, bastante decoradas con pintura cursiva y cabezas modeladas durante el Horizonte Medio.

Queda, por último, tratar acerca de la interrelación entre Huari y Tiwanaku, evidentemente sin ánimo de resolver un tema tan discutido con vehemencia en las últimas décadas, sin llegar a conclusiones satisfactorias. En los trabajos de estos dos números se percibe un cierto afán en enfatizar las diferencias entre ambos estados. Si bien esta actitud es justificada, dificulta, en consecuencia, las características compartidas que son innegables. Debido a que estas discusiones se centran en argumentos básicamente estilísticos —y, particularmente, en los estilos cerámicos— conviene resaltar algo que resulta obvio en este trabajo, y que es la presencia masiva y significativa de objetos como tejidos, madera y otras materias que sólo se conservan en condiciones climáticas particulares. Si no existieran los tejidos y los objetos de madera en los sitios costeros del Perú y de Chile, las evidencias de ambos estilos se reducirían a la cerámica, que es casi el único elemento presente en los sitios serranos a los que pertenecen los centros urbanos de Huari y de Tiwanaku. Tal ausencia con seguridad influiría fuertemente en las interpretaciones vigentes. La gran importancia que estos objetos tienen, sin embargo, sugiere que también jugaban papeles significativos en las sociedades serranas del Perú y de Bolivia. Su producción parece estar vinculada de manera estrecha con elites que las usan para fines políticos en despliegues ostentativos de ceremonias y fiestas. Aumentan su importancia en el grado de poder concentrado en estas elites, convirtiéndose en estilos emblemáticos. Esto implica que las elites más débiles suelen acoger otros estilos prestigiosos, pese a manejar productos propios destinados a definir una identidad propia (casos de la costa norcentral hasta surcentral y zonas serranas Cf. arriba).

La distancia entre los sitios de Huari y Tiwanaku llega a unos 750 kilómetros en línea recta, pero son básicamente equidistantes (unos 300 kilómetros) en relación con los límites, o más específicamente la zona de transición entre ambas «zonas» (cálculos basados en el mapa de Isbell, número anterior). En, o cerca de esta zona de transición, existen dos áreas con información más sustancial: la del Cuzco y la de Moquegua. Para el Cuzco, Bauer (2002) ha presentado una secuencia de cerámica basada en su trabajo en la provincia de Paruro, en la cual distingue varios estilos como Huari cuzqueño, Ccoipa, Qotakalli y Arahauy. Propone que Huari ocupó la zona del Cuzco y mantuvo su poder hasta su colapso. No menciona la presencia de Tiwanaku, aunque piensa que hay claras

evidencias anteriores al Horizonte Medio, sobre todo en el sitio Muyu Orco (Bauer 2002: 128-129, dibujos 4.8 a 4.13). La cerámica descrita, en cambio, no parece corresponder a un Tiwanaku III, sino a Tiwanaku IV. En la importante zona de Huaro, la cerámica huari se asocia a la arquitectura, pero las excavaciones de Zapata en Batan Urqo mostraron la presencia de Pukara y Tiwanaku III como antecedentes aún poco definidos de la ocupación del complejo. Glowacki (2002: 270-271, Fig. 9.2) describe de manera breve una estructura piramidal que, según la autora, parece corresponder a arquitectura excavada en Huari, pero deja abierta la posibilidad de que podría significar una reminiscencia de la Akapana de Tiwanaku, con la cual comparte principios de construcción. Estas evidencias sugieren una historia dinámica en la que la ocupación huari parece ser un episodio relativamente breve y tardío. Sillar (2002, véase arriba) señala la presencia de sitios con cerámica tiwanaku y huari cerca de Raqchi. El mito relacionado con el sitio de Raqchi podría esconder contactos poco hostiles provenientes de Tiwanaku. Cerrón-Palomino (comunicación personal) plantea la presencia de un substrato lingüístico puquina en la zona y sostiene que en Tiwanaku se hablaba el puquina (Cerrón-Palomino, comunicación personal y Cerrón-Palomino; número anterior, véase párrafos inferiores).

La situación en Moquegua es algo diferente. Dos construcciones o complejos con evidencias de arquitectura formalizada, Cerro Baúl —de filiación huari (Williams *et al.*, este número)— y Omo 10 —con filiación tiwanaku (Goldstein y Owen, este número)— se encuentran a distancia visual tal que parecen haber sido contemporáneos. Pese a ello, no hay evidencias claras de conflictos entre ambas zonas, mientras que Cerro Baúl no necesariamente cumplía una función de fortaleza. Si bien esta situación resulta sorprendente dentro la visión de dos estados expansivos y, por ende, potencialmente competitivos, sería menos curioso si se parte de conceptos de territorialidad sin fronteras rígidas y si se trata el tema desde una visión provincial en la cual conflictos, al menos permanentes, serían demasiado costosos. Un aspecto poco tratado por los autores es la naturaleza de los contactos entre los estilos cerámicos. Da la impresión de que las piezas más elaboradas de Cerro Baúl muestran formas y también patrones decorativos tiwanaku, mientras que lo «puramente huari» se limita a piezas relativamente simples que aparecen también en los cementerios de Chen Chen. Sería algo más difícil tratar de definir cuáles son las influencias huari sobre la cerámica tiwanaku de Chen Chen.

Si se pasa finalmente a las relaciones más directas entre Tiwanaku y Huari, se observa un fenómeno parecido al mencionado. Los elementos estilísticos relacionados con la zona central de Tiwanaku aparecen masivamente en el ámbito huari, con frecuencia en forma de imitaciones o estímulos. Esto, por lo tanto, no se limita al muy trillado problema religioso de una deidad «reconstruida» llamada Wiracocha. Elementos cruciales para la identidad de elites, como las formas de la cerámica, básicamente de servicio en reuniones festivas o ceremoniales (keros y, menos aún, sahumeros [Isbell 1980: Fig. 5]), son los que más tienden a adoptar impulsos estilísticos de Tiwanaku. Parece haber un ejemplo de patio semisubterráneo en Huari, y aun las estelas o estatuas deberían entenderse como imitaciones de las de Tiwanaku, pese a las diferencias estilísticas, ya que la zona de Ayacucho carece de una tradición correspondiente al área circuntítica. La emulación masiva de patrones de identificación de una elite lejana, sin embargo, no puede entenderse como una supremacía política, sino deber tener otras razones.

Sin ánimo de resolver este problema, habría que volver al entorno particular que caracteriza a Tiwanaku. Un gran lago es el marco no sólo físico en el cual se desarrollan los sistemas políticos pretiwanaku y tiwanaku. Es compartido económicamente por ellos, sus islas se ocupan, en algunos casos con santuarios y sirve, por tanto, también como centro de rutas tanto dentro del lago como alrededor de él e irradiándose a otras zonas más lejanas. Pese a fricciones internas y contactos exógenos, mantienen patrones de identidad de elites compartidos desde el Formativo hasta el fin de

Tiwanaku. Finalmente, la ciudad de Tiwanaku, que impresiona a todos los extranjeros desde el siglo XVI hasta la actualidad aun en su estado de deterioro, debe haber sido mucho más impresionante en tiempos de su auge e incluso en tiempos de los incas. De ahí, no resultaría sorprendente que el concepto del origen del mundo que los incas atribuían a Tiwanaku y al lago no hubiese sido inventado por ellos, sino que datase del mismo tiempo de Tiwanaku, conscientes de su ubicación privilegiada y sagrada.

Huari, en cambio, al parecer carece de este impresionante centro natural y conceptual, y tampoco cuenta con una historia previa tan larga como Tiwanaku. Se desarrolla en un mundo más complejo, aunque se nutre de modo parcial de las mismas fuentes de Tiwanaku, pero no los incorpora de la misma manera. Se tiene la impresión de que Huari trata de emular a Tiwanaku quizá aun en su sistema de economía política y sus mecanismos de expansión. La confrontación con identidades definidas y distintas en la periferia plantea problemas que el estado expansivo de Tiwanaku no tiene, y que con probabilidad lleva a mecanismos de control más allá o diferentes a los tan citados centros administrativos, cuyas funciones más precisas se muestran evasivas.

Conclusiones

Estas reflexiones se presentan con el fin de visualizar un mundo andino dinámico y fluctuante, como una inmensa red de intercomunicaciones complejas dentro de una trama que comparte rasgos básicos, pero los modifica creando patrones históricos de sistemas políticos interrelacionados de forma directa y, también, menos directa. Estos sistemas tienen como actores a las elites, que se «materializan» en sus centros como lo hacen las elites en el mundo entero. Esta «materialización», en cambio, no debería limitarse a los objetos muebles, sino a sus contextos respectivos; sus residencias y su espacio físico destinado a actividades rituales, etc. La solidez de estos sistemas depende de ellos, por lo cual suelen ser de carácter efímero, en vez de tratarse de estructuras inalteradas durante siglos o milenios, como lo sugieren algunos indigenistas. Éstas, en cambio, se basan en poblaciones que tienen identidades diferentes y más longevas —aunque también diferenciadas y cambiantes— que suelen desaparecer en los registros arqueológicos, cuya deficiencia se ha lamentado a menudo en este trabajo. Son éstas, sin embargo, las que permiten definir mejor territorios mayores, y no es de excluir que sus identificaciones materiales (asentamientos y «cultura material») permitan definir etnias, a su vez posiblemente comparables a grupos lingüísticos. Las discusiones acerca de los idiomas hablados en el Horizonte Medio —a menudo llevadas por arqueólogos poco familiarizados con el tema y, en menor escala, por lingüistas naturalmente menos familiarizados con los datos arqueológicos— suelen darse a partir de la distribución de los estilos de cerámica fina que, como se vio, caracterizan grupos y su área de interacción, los cuales —como queda claro tras la discusión— no concuerdan necesariamente con territorios controlados políticamente, pero no a las poblaciones fuera de los poderes políticos que suelen mantenerse más estables. Se trata, por tanto, de uno de los muchos argumentos circulares que caracterizan la discusión teórica.

Para evitar malentendidos, estas reflexiones no relativizan ni niegan la presencia de estados expansivos —en el caso concreto, Huari y Tiwanaku— sino tratan de enmarcarlos en un cuadro complejo más acorde con una interpretación idónea de un área geográficamente muy extensa y compleja en la cual existen formaciones políticas diversas con anterioridad a ellos e, inclusive, subsistiendo al lado de ellos. Ambos tipos de contactos conllevan procesos de adaptaciones mutuas que afectan por completo a toda el área. El término «expansión», también en su sentido político, encubre una serie de facetas que requieren una definición más precisa: la territorial es sólo una de ellas.

Notas

¹ Esta estatua no parece haber sido pequeña como lo señala Betanzos (1987: 14 «...casi cinco varas en largo y de ancho una vara o poco menos»), quien la vincula con un mito relacionado con Viracocha —la estatua fue erigida en su memoria— lo cual concuerda con la información de Cieza y podría interpretarse como una versión mitologizada de una conquista desde Tiwanaku. En un artículo reciente, Sillar (2002: 235) observa correctamente que esta obra no corresponde a los cánones del arte lítico incaico, no excluye la posibilidad de que haya sido vinculada en el estilo de las estatuas de Tiwanaku y reporta la presencia de dos sitios del Horizonte Medio de la zona con arquitectura definida; uno de ellos, denominado Yanamancha, con «una profusión de tiosos de cerámica, incluyendo los estilos Huari y Tiwanaku, de gran calidad y en formas tales como *keros*, con un sustancial número de miniaturas».

² Según C. Elera (comunicación personal) se está pensando en un análisis y una publicación completa de este material.

³ Isla presenta datos de Tello de otros sitios, pero no provee las descripciones completas de los contextos.

⁴ Céspedes y otros piensan que más bien piezas cochabambinas pueden haber influenciado al corpus alfarero tiwanaku.

⁵ Otro con incisiones parecidas al «Monolito Bennett» fue encontrado por Ponce Sanginés cerca del sitio, Cf. Ponce Sanginés 1990: 152, 154, 171, 173, Láms. 14, 16, Cf. Láms. 6 y 15 para la reconstrucción de la ubicación de las piezas en el contexto arquitectónico.

⁶ Una versión más extensa en castellano se está preparando para la publicación en el Fondo Editorial de la PUCP.

⁷ La isla Esteves alcanza las 10 hectáreas y contiene evidencia de arquitectura tipo Kalasayasa.

⁸ Según E. González Carré (comunicación personal), la ubicación de las piezas de Huari parece haberse concentrado en el área Vegachayoq Moqo, cerca del complejo funerario de Monqaschayoc.

⁹ Tanto las estelas maya como las de Tiwanaku y Huari probablemente estaban pintadas.

¹⁰ <http://www-rohan.sdsu.edu/~bharley/WWWHome.html>

¹¹ No queda claro hasta qué punto las evidencias mochica agrupadas en su periodo anterior, Guadalupito, son siempre anteriores a Tanguche Temprano.

¹² Wilson 1988: Figs. 236-256, en general corresponde bien a lo que Prümers, número anterior, presenta para el sitio El Castillo de Huarmey.

¹³ Esta característica de aprovechar elevaciones y convertirlas en arquitectura monumental parece ser un rasgo común en la costa sur.

¹⁴ De acuerdo con lo expuesto sobre Tiwanaku y Huari, se trata de un conjunto de estilos que aparecen básicamente entre Chíncha y Nazca. Menzel, Rowe y Dawson (1964) señalaban enfáticamente que su definición del estilo Ocucaje con sus subestilos sólo era válida para el valle de Ica, una advertencia pocas veces aplicada en la literatura (véase también arriba).

¹⁵ En el área de Chupas, de donde proviene la cerámica ilustrada en Lumbreras 1974: Fig. 9, hay evidencias de arquitectura monumental poco definida.

REFERENCIAS

Alconini, S.

1995 *Rito, símbolo e historia en la Pirámide de Akapana, Tiwanaku: un análisis de cerámica ceremonial prehispánica*, Acción, La Paz.

Alva, W.

1986 Cerámica temprana en el valle de Jequetepeque, norte del Perú, *Materialien zur Allgemeinen und Vergleichenden Archäologie* 32, München.

2001 The Royal Tombs of Sipan: Art and Power in Moche Society, en: J. Pillsbury (ed.), *Moche Art and Archaeology in Ancient Peru*, 223-246, National Gallery of Art, Yale University Press, Washington, D.C.

Anders, M. B.

1990 Maymi: un sitio del Horizonte Medio en el valle de Pisco, *Gaceta Arqueológica Andina* 5 (17), 27-39, Lima.

Anders, M. B., V. Chang, L. Tokuda, S. Quiroz e I. Shimada

1994 Producción cerámica del Horizonte Medio Temprano en Maymi, valle de Pisco, Perú, en: I. Shimada (ed.), *Tecnología y organización de la producción de cerámica prehispánica en los Andes*, 249-267, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.

Bauer, B.

2002 *Las antiguas tradiciones alfareras de la región del Cuzco*, Centro de Estudios Regionales Andinos Bartolomé de las Casas, Cuzco.

Bawden, G.

2001 The Symbols of Late Moche Social Transformation, en: J. Pillsbury (ed.), *Moche Art and Archaeology in Ancient Peru*, 285-306, National Gallery of Art, Yale University Press, Washington, D.C.

Benavides, M.

1984 *Carácter del Estado Wari*, Universidad Nacional de San Cristóbal de Huamanga, Ayacucho.

1991 Cheqo Wasi, Huari, en: W. H. Isbell y G. E. McEwan (eds.), *Huari Administrative Structure: Prehistoric Monumental Architecture and State Government*, 55-69, Dumbarton Oaks, Washington, D.C.

Bennett, W. C.

1934 Excavations at Tiwanaku, *Anthropological Papers of the American Museum of Natural History* 34 (3), 359-491, New York.

Berenguer, J.

1986 Relaciones iconográficas de larga distancia en los Andes. Nuevos ejemplos para un viejo problema, *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* 2, 33-53, Santiago.

2000 *Tiwanaku. Señores del lago sagrado*, Museo Chileno de Arte Precolombino, Santiago.

Betanzos, J. de

1987 *Suma y narración de los Incas*, (transcripción, notas y prólogo de C. Martín Rubio), Madrid. [1551]

Bourget, S.

2001 Rituals of Sacrifice: Its Practice at Huaca de la Luna and Its Representation in Moche Iconography, en: J. Pillsbury (ed.), *Moche Art and Archaeology in Ancient Peru*, 89-110, National Gallery of Art, Yale University Press, Washington, D.C.

Browman, D. L.

1970 Early Peruvian Peasants: The Culture History of a Central Highlands Valley, tesis de doctorado inédita, Department of Anthropology, Harvard University, Cambridge.

Burger, R. L.

1992 *Chavin and the Origins of Andean Civilization*, Thames and Hudson, London.

Canziani, J.

1992 Arquitectura y urbanismo del periodo Paracas en el valle de Chíncha, *Gaceta Arqueológica Andina*, 6 (22), 87-117, Lima.

Cardona, A.

2002 *Arqueología de Arequipa: de sus albores a los incas*, Arequipa.

Cerrón-Palomino, R.

2000 Lingüística aimara, *Biblioteca de la Tradición Oral Andina* 21, Centro de Estudios Regionales Andinos Bartolomé de las Casas, Cuzco.

Chapdelaine, C.

2001 The Growing Power of a Moche Urban Class, en: J. Pillsbury (ed.), *Moche Art and Archaeology in Ancient Peru*, 69-88, National Gallery of Art, Yale University Press, Washington, D.C.

Cieza de León, P. de

1985 Crónica del Perú. Segunda parte (introducción de F. Pease), *Colección Clásicos Peruanos*, Pontificia [155?] Universidad Católica del Perú/Academia Nacional de Historia, Lima.

Conkey, M. W. y C. Hastorf (eds.)

1990 *The Uses of Style in Archaeology*, Cambridge University Press, Cambridge.

Conklin, W. J.

1985 Pucara and Tiahuanaco Tapestry: Time and Style in a Sierra Weaving Tradition, *Ñawpa Pacha* 21 (1983-1985), 1-44, Berkeley.

Cook, A. G.

1992 The Stone Ancestors: Idioms of Imperial Attire and Rank Among Huari Figurines, *Latin American Antiquity* 3(4), 341-364, Washington, D.C.

1994 *Wari y Tiwanaku: entre el estilo y la imagen*, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.

2001 Los nobles ancestros de piedra: el lenguaje de la vestimenta y el rango imperial entre las figurillas huaris, en: L. Millones (ed.), *Wari. Arte precolombino peruano*, 229-272, Fundación El Monte, Sevilla.

Cordy-Collins, A. K.

1976 An Iconographic Study of Chavin Textiles from the South Coast of Peru: The Discovery of a Pre-columbian Catechism, tesis doctoral inédita, Department of Anthropology, University of California, Los Angeles.

Dillehay, T. D.

2001 Town and Country in Late Moche Times: A View from Two Northern Valleys, en: J. Pillsbury (ed.), *Moche Art and Archaeology in Ancient Peru*, 259-278, National Gallery of Art, Yale University Press, Washington, D. C.

Donnan, C. B.

2001 Moche Ceramic Portraits, en: J. Pillsbury (ed.), *Moche Art and Archaeology in Ancient Peru*, 127-140, National Gallery of Art, Yale University Press, Washington, D. C.

Gabe, C.

2000 Investigaciones arqueológicas en el Cerro Salazar - Mala, *Investigaciones Arqueológicas* 1, Lima.

Girault, L.

1990 *La cerámica del Templete Semisubterráneo de Tiwanaku*, CERES/IFEA, La Paz.

Glowacki, M.

- 2002 The Huaro Archaeological Site Complex: rethinking the Huari Occupation of Cuzco, en: W. H. Isbell y H. Silverman (eds.), *Andean Archaeology I*, 267-285, Kluwer Academic/Plenum Publishers, New York.

Goldstein, P. S.

- 1993a House, Community and State in the Earliest Tiwanaku Colony: Domestic Patterns and State Integration at Omo M12, Moquegua, en: M. Aldenderfer (ed.), *Domestic Architecture, Ethnicity, and Complementarity in the South-Central Andes*, 25-41, University of Iowa Press, Iowa City.
- 1993b Tiwanaku Temples and State Expansion: A Tiwanaku Sunken Court Temple in Moquegua, Peru, *Latin American Antiquity* 4 (3), 22-47, Washington, D.C.

Gutiérrez, B.

- 2002 Secuencia arquitectónica de la «Plataforma Uhle» y su relación con la Huaca de la Luna, tesis de maestría inédita, Escuela de Postgrado, Sección de Postgrado en Ciencias Sociales, Universidad Nacional de La Libertad, Trujillo.

Hocquenghem, A. M., J. Idrovo, P. Kaulicke y D. Gomis

- 1993 Bases de intercambio entre las sociedades norperuanas y surecuatorianas: una zona de transición entre los periodos del Formativo y de los Desarrollos Regionales, *Bulletin de l'Institut Français d'Études Andines* 22 (2), 443-446, Lima.

Isbell, W. H.

- 1980 La evolución del urbanismo y del estado en el Perú tiwanakoide, *Estudios Arqueológicos* 5, 121-132, Antofagasta.
- 1997 *Mummies and Mortuary Monuments. A Postprocessual Prehistory of Central Andean Social Organization*, University of Texas Press, Austin.

Janusek, J. W.

- 1994 State and Local Power in a Prehispanic Andean Polity: Changing Patterns of Urban Residence in Tiwanaku and Lukurmata, Bolivia, tesis de doctorado inédita, Department of Anthropology, University of Chicago, Chicago.
- 2002 Out of many, one: Style and Social Boundaries in Tiwanaku, *Latin American Antiquity* 13 (1), 35-61, Washington, D.C.

Jones, J.

- 2001 Innovation and Resplendence: Metalwork for Moche Lords, en: J. Pillsbury (ed.), *Moche Art and Archaeology in Ancient Peru*, 207-222, National Gallery of Art, Yale University Press, Washington, D.C.

Kajitani, N.

- 1982 Andesu no Senshoku (Textiles of the Andes), *Senshoku no Bi* (Textile Art) 20 (Autumn), 9-99, Shiksha Publishing, Kyoto.

Kaulicke, P.

- 1991 El Periodo Intermedio Temprano en el Alto Piura: Avances del Proyecto Arqueológico Alto Piura (1987-1990), *Bulletin de l'Institut Français d'Études Andines* 20 (2), 381-422, Lima.
- 1994 Los orígenes de la civilización andina, Arqueología del Perú, en: J. A. del Busto (ed.), *Historia General del Perú*, tomo I, Lima.
- 1997 *Contextos funerarios de Ancón. Esbozo de una síntesis analítica*, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.
- 2000 *Memoria y muerte en el Perú Antiguo*, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.

Kolata, A. L.

- 1993 *The Tiwanaku: Portrait of an Andean Civilization*, Blackwell, Cambridge/Massachusetts/Oxford.

Larco Hoyle, R.

1941 Los Cupisniques, trabajo presentado al congreso Internacional de Americanistas de Lima, XXVII Sesión, *La Crónica y Variedades*, Lima.

1966 *Perú. Archaeologia Mundi*, Ginebra.

Lau, G.

2002 Feasting and Ancestor Veneration at Chinchawas, North Highlands of Ancash, Peru, *Latin American Antiquity* 13 (3), 278-304, Washington, D.C.

Lavalle, J. A. de y W. Lang (eds.)

1983 Culturas Precolombinas: Paracas, *Colección Arte y Tesoros del Perú*, Banco de Crédito del Perú, Lima.

Le Paige, G.

1961 Cultura de Tiahuanaco en San Pedro de Atacama, *Anales de la Universidad del Norte* 1, 19-23, Antofagasta.

Llagostera, A.

1995 El componente cultural Aguada en San Pedro de Atacama, *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* 6, 9-34, Santiago.

1996 San Pedro de Atacama: Modo de complementariedad reticular, en: X. Albó, M. I. Arratia, J. Hidalgo, I. Nuñez, A. Llagostera, M. I. Remy y B. Revesz (eds.), *La integración surandina: cinco siglos después, Estudios y Debates Regionales Andinos* 91, 17-42, Centro de Estudios Regionales Andinos Bartolomé de las Casas y Universidad Católica del Norte, Cuzco/Antofagasta.

Lumbreras, L. G.

1959 La cultura Wari, Ayacucho, *Etnología y Arqueología* I (1), 130-227, Lima.

1974 *Las fundaciones de Huamanga*, Nueva Educación, Lima.

1993 Chavín de Huántar. Excavaciones en la Galería de las ofrendas, *Materialien zur Allgemeinen und Vergleichenden Archäologie* 51, Philipp von Zabern, Mainz am Rhein.

2000 El Imperio Wari, *Las formas históricas del Perú* 8, Instituto Francés de Estudios Andinos, Lima.

Manzanilla, L.

1992 *Akapana: una pirámide en el centro del mundo*, Instituto de Investigaciones Antropológicas, México, D. F.

Massey, S. A.

1986 Sociopolitical change in the Upper Ica Valley, B.C. 400 to 400 A.D.: Regional States on the South Coast of Peru, tesis de doctorado inédita, Department of Anthropology, University of California, Los Angeles.

Menzel, D.

1977 *The Archaeology of Ancient Peru and the Work of Max Uhle*, R. H. Lowie Museum of Anthropology, University of California, Berkeley.

Menzel, D., J. H. Rowe y L. Dawson

1964 The Paracas Pottery of Ica. A Study in Style and Time, *University of California Publications in American Archaeology and Ethnology* 50, Berkeley.

Money, M.

1991 El «Tesoro de San Sebastián»: una tumba importante de la cultura Tiwanaku, *Beiträge zur Allgemeinen und Vergleichenden Archäologie* 11, 189-198, Bonn.

Montibeller, M.

1993 Entierros en Chen Chen-Moquegua. Estructuración del espacio funerario en el Intermedio Tardío, tesis de maestría inédita, Escuela de Graduados, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.

Mujica, E.

- 1985 Altiplano-Coast Relationships in the South Central Andes: From Indirect to Direct Complementarity, en: S. Masuda, I. Shimada y C. Morris (eds.), *Andean Ecology and Civilization*, 103-140, University of Tokyo Press, Tokyo.

Muñoz, I.

- 1987 Enterramientos en túmulos en el valle de Azapa: nuevas evidencias para definir la fase Alto Ramírez en el extremo norte de Chile, *Chungará* 19, 93-128, Arica.

Oakland, A.

- 1992 Textiles and Ethnicity: Tiwanaku in San Pedro de Atacama, North Chile, *Latin American Antiquity* 3 (4), 316-340, Washington, D.C.

Ochatoma, J.

- 1998 El Periodo Formativo en Ayacucho: balances y perspectivas, *Boletín de Arqueología PUCP* 2, 289-302, Lima.

Ochatoma, J. y M. Cabrera

- 2001 *Poblados rurales huari, una visión desde Aqo Wayqo*, Lima.
- 2002 Religious Ideology and Military Organization in the Iconography of a D-Shaped Ceremonial Precinct at Conchopata, en: H. Silverman y W. H. Isbell (eds.), *Andean Archaeology II*, 225-247, Kluwer Academic/Plenum Publishers, New York.

Onuki, Y.

- 1997 Ocho tumbas especiales de Kuntur Wasi, *Boletín de Arqueología PUCP* 1, 79-114, Lima.

Orefici, G.

- 1999 Zeremonial- und Wohnarchitektur im Nasca-Tal, en: J. Rickenbach (ed.), *Nasca. Geheimnisvolle Zeichen im Alten Peru*, 97-108, Museum Rietberg, Zürich.

Peters, A.

- 1988 Chongos: sitio paracas en el valle de Pisco, *Gaceta Arqueológica Andina* 16, 30-34, Lima

Ponce Sanginés, C.

- 1969 *Descripción sumaria del Templo Semisubterráneo de Tiwanaku*, 6ta. ed., Juventud, La Paz.
- 1971 La cerámica de la época I de Tiwanaku, *Pumapunku* 2, 7-28, La Paz.
- 1981 *Tiwanaku: espacio, tiempo y cultura*, 4a ed., Los Amigos del Libro, La Paz/Cochabamba.

Posnansky, A.

- 1945 *Tiwanacu: The Cradle of American Man*, Vols. I y II, American Museum of Natural History, New York.

Protzen, J.-P. y S. Nair

- 2000 On Reconstructing Tiwanaku Architecture, *Journal of the Society of Architectural Historians* 59 (3), 358-371, Ephrata.
- 2002 The Gateways of Tiahuanaco: Symbols or Passages?, en: H. Silverman y W. H. Isbell (eds.), *Andean Archaeology II*, 189-223, Kluwer Academic/Plenum Publishers, New York.

Ravines, R.

- 1968 Un depósito de ofrendas del Horizonte Medio en la sierra central del Perú, *Ñawpa Pacha* 6, 19-46, Berkeley.

Rydén, S.

- 1959 Andean Excavations II. Tupuraya and Cayhuasi: Two Tiahuanaco Sites, *Monograph Series* 6, Stockholm.

Schreiber, K. J.

- 1992 Wari Imperialism in Middle Horizon Peru, *Anthropological Papers* 87, Ann Arbor.

Segura, R.

- 2001 *Rito y economía en Cajamarquilla. Investigaciones arqueológicas en el Conjunto Arquitectónico Julio C. Tello*, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.

Shimada, I.

- 1994 *Pampa Grande and the Mochica Culture*, University of Texas Press, Austin.
- 1995 *Cultura Sicán. Dios, riqueza y poder en la costa norte del Perú*, Edubanco, Lima.
- 2001 Late Moche Urban Craft Production: A First Approximation, en: J. Pillsbury (ed.), *Moche Art and Archaeology in Ancient Peru*, 69-88, National Gallery of Art, Yale University Press, Washington, D.C.

Sillar, B.

- 2002 Caminando a través del tiempo: geografías sagradas en Cacha/Raqchi, departamento del Cuzco (Perú), *Revista Andina* 35, 221-245, Lima.

Silverman, H.

- 1993 *Cahuachi in the Ancient Nasca World*, University of Iowa Press, Iowa City.

Soto-Heim, P.

- 1987 Evolución de deformaciones intencionales, tocados y prácticas funerarias en la prehistoria de Arica, Chile, *Chungará* 19, 129-213, Arica.

Stanish, C.

- 2003 *Ancient Titicaca: The Evolution of Complex Society in Southern Peru and Northern Bolivia*, University of California Press, Berkeley.

Stuart, D.

- 1996 Kings of Stone. A Consideration of Stelae in Ancient Maya Ritual and Representation, *RES* 29/30, 149-171, Cambridge.

Stübel, A. y M. Uhle

- 1892 *Die Ruinenstätte von Tiahuanaco im Hochlande des Alten Peru: Eine kulturgeschichtliche Studie auf grund selbstaendiger Aufnahmen*, Karl W. Hiersemann, Leipzig.

Tellenbach, M.

- 1997 Los vestigios de un ritual ofrendatorio en el Formativo peruano. Acerca de la relación entre templos, viviendas y hallazgos, en: E. Bonnier y H. Bischof (eds.), *Arquitectura y civilización en los Andes prehispánicos*, *Archaeologica Peruana* 2, 163-175, Reiss Museum, Mannheim.

Uhle, M.

- 1913 Die Ruinen von Moche, *Journal de la Société des Americanistes*, nueva serie 10 (2), 95-117, Paris.

Valdez, L. M., K. J. Bettcher y J. E. Valdez

- 2000 Una cámara funeraria en Seqlas, valle de Ayacucho, *Boletín del Museo de arqueología y Antropología* 7, 2-7, Lima.
- 2001 Poşoqoypata, un cementerio wari en el valle de Ayacucho, Perú, *Bulletin de l'Institut Français d'Études Andines*, 30 (2), 335-357, Lima.

Valkenier, L.

- 1997 New Evidence for Chimu Capac and the Early Horizon Period in the Supe Valley, Peru, *Journal of the Steward Anthropological Society*, 23 (1-2), 269-286, Lima.

Van Gijsegem, H.

- 2001 Household and Family at Moche, Peru: An Analysis of Building and Residence Patterns in a Prehispanic Urban Center, *Latin American Antiquity*, 12 (3), 257-273, Washington, D.C.

Verano, J.

- 2001 War and Death in the Moche World: Osteological Evidence and Visual Discourse, en: Joanne Pillsbury (ed.), *Moche Art and Archaeology in Ancient Peru*, 111-126, National Gallery of Art, Yale University Press, Washington, D.C.

Villar Córdoba, P. E.

- 1935 *Las culturas prehispánicas de Lima. Homenaje al IV Centenario de la fundación de Lima o antigua Ciudad de los Reyes*, Lima.

Vivanco, C. y L. M. Valdez

- 1993 Poblados wari en la cuenca del Pampas-Qaracha, Ayacucho, *Gaceta Arqueológica Andina* 23, 83-102, Lima.

Williams, P. R.

- 2001 Cerro Baúl: A Wari Center on the Tiwanaku Frontier, *Latin American Antiquity* 12 (1), 67-83, Washington, D.C.

Wilson, D.

- 1988 *Prehispanic Settlement Patterns in the Lower Santa Valley, Peru. A Regional Perspective on the Origins and Development of Complex North Coast Society*, Smithsonian Institution Press, Washington, D.C./London.

Zapata, J.

- 1997 Arquitectura y contextos funerarios wari en Batan Urqu, Cuzco, *Boletín de Arqueología PUCP* 1, 165-206, Lima.
- 1998 Los cerros sagrados: panorama del Periodo Formativo en la cuenca del Vilcanota, Cuzco, *Boletín de Arqueología PUCP* 2, 307-336, Lima.